



U. N. M. S. A.
BIBLIOTECA CENTRAL
MEMOROTECA
FONDO ANTIGUO

el Caballo rojo

Suplemento dominical
de El Diario de Marka

Lima, 10/4/83 No. 152 Año III

Dirección : Antonio Cisneros
Edición : Luis Valera
Redacción : Rosalba Oxandabarat
Mito Tumi
Diagramación : Lorenzo Osorez
Fotografía : Beatriz Suárez
Coordinación : Charo Cisneros
Impresión : EPENSA

Feminismo: ¿balance y liquidación?
El "bogotazo", tanta muerte quedó en nada
Mark Twain, la condición humana y la risa
Liv Ullman, una mujer realizada



José María Arguedas y la religión de los pobres

Modestia aparte
El futuro de la izquierda



Cuando el Perú, mi país y no de las transnacionales, hace uso de sus derechos (y deberes) como Estado soberano no digo que me alegre, pero sí me considero satisfecho.

Es decir, me parece muy bien que en medio de la condición de servilismo —cabeza gacha y ojos de carnero degollado— que guarda este tristísimo gobierno frente a los monopolios del imperio y la corte vaquera de Reagan, de vez en vez recuerde que el Perú tiene lazos diplomáticos, y de amistad, también con los países socialistas. Escrito está, me cuentan por lo menos.

Es así como entiendo algunos viajes oficiales, más o menos sonoros, de los funcionarios, dizque notables, del régimen belaundista. El de Manuel Ulloa, cuando era ministro de Economía y premier, a China y el de Eduardo Orrego, alcalde de Lima, a la ciudad de La Habana.

Entonces (oh, maravilla) estos países que según la información oficial (o sea, toda la que vemos, casi toda la que oímos y leemos) viven consagrados a la subversión en nuestra tierra y, de paso, a devorar a sus hambreados niños, de pronto, estos mismos países, aparecen en las pantallas y las revistas vestidos de un ropaje inusitado: con cada viaje gubernamental se tornan interesantes, enriquecidos, fraternales.

Ni más ni menos que la imagen (discrepancias aparte) que la izquierda peruana tiene de ellos. ¿Hemos, entonces, infiltrado las cabezas de Acción Popular, o los belaundistas viajeros mienten por el puro gusto de engañar al pueblo? Raros son, pues, aquestos funcionarios.

Cuando Ulloa (amén de su robusta comitiva) atravesó, él diría, la insondable cortina

de bambú (o sea China), fue durante un par de semanas, por lo menos, la imagen misma de la felicidad. Informes, entrevistas y crónicas del tiempo dan pruebas con fruición.

No se trató tan sólo de sus caminatas, encasquetado con la cachucha Mao, sobre los terraplenes de la Gran Muralla o las tumbas de los emperadores Ming, ni de los interminables banquetes chiferos, donde los aderezos con patos y chanchos y champiñones llevaban nombres tales como *El dragón devora a la serpiente en un campo nevado*.

Ulloa quedó seriamente impresionado, salvo error u omisión, con los avances en la agricultura y la industria ligera, con la racionalidad del proceso productivo, con la justicia social en un territorio que hasta hace treinta y tantos años era sólo una inmensa reducción de muertos de hambre.

Y no sólo en abstracto. Maravillado, cual infante que acaba de descubrir su sexo, explicaba a su vuelta, y en detalle, las soluciones logradas por un país pobre, con mano de obra abundante y poca tecnología (léase, pues, el Perú). Cómo, recuerdo el ejemplo, en lugar de maquinaria sofisticada (que nos endeuda hasta la pepa del alma) destinada, más que otra cosa, a multiplicar la legión de parados, se promovía la plena ocupación mediante el esfuerzo racional de los ciudadanos.

En La Habana, por estos días, al alcalde Orrego se le ha llenado de flores la boca. Está contento, está admirado. No se trata, claro está, de las placenteras transparencias del Mar Caribe a la sombra de las palmas bajo la luna llena (eso ya lo sabía desde *La vereda tropical* o las guarachas de Beni Moré).

Ha comentado la existencia de las guarderías para niños, por ejemplo. No *una guardería modelo*, sino el sistema por el cual millo-

nes de niños cubanos reciben del Estado ropa, casa, comida y educación mientras dura la jornada de sus padres. No es obligatorio, pero siempre posible. Así los niños pueden llevar una vida plena (no dije lujo) y sus padres (hombre y mujer) están más cerca de la cotidiana liberación.

También ha mencionado el funcionamiento de la democracia directa. Donde mediante el voto secreto son elegidos los representantes de la manzana, del barrio, del distrito, de la provincia hasta llegar al techo del gobierno.

Y, además, se ha mandado sobre la educación, la higiene, la planificación y otras cosas que no nombro pues nunca esta columna se entregó a la propaganda. Sólo comento los descubrimientos del alcalde de Lima. Sobre los que, dicho sea de paso, puedo dar fe.

¿Estamos, entonces, frente a un gobierno de locos? Tanto Ulloa como Orrego han comprendido, parece al menos, que este progreso (palabra negada en el Perú) reposa en un sistema justo, planificado por un Estado fuerte (y, en principio, de todos). Sin embargo, en este pobre país, que va como el cangrejo cada día, el desgobierno apuesta, sin pudor, a la empresa privada, a las transnacionales, al desmantelamiento del Estado.

Incoherencia es la palabra blanda para esto. Egoísmo es la profunda y real. Y ya no insisto. No vaya a ser que uno de estos días, Belaúnde (de quien añoro sus conferencias de prensa) nos anuncie que han sido descubiertas sendas banderas rojas (con la hoz y el martillo) en el escritorio de Orrego y en el yate de Ulloa. (Antonio Cisneros).

José María Salcedo

El trotar de las ratas



Recuerdos de Buenos Aires

Ya sólo el título de esta nota hará sonreír a varios, especialmente a Paco Bendezú.

El poeta me considera boenarófilo y este título puede darle la razón, con toda razón.

La verdad, estamos cumpliendo el primer aniversario de la guerra de las Malvinas y mientras esto escribo, el monumento que ha mandado fabricar la señora Thatcher va cruzando el Atlántico rumbo a las islas.

Es el monumento colonial de la victoria, el monumento colonial de la reconquista con fusiles de mira telescópica llenos de rayos infrarrojos, para en la noche, matarte mejor.

Es el monumento —ahora lo sabemos mejor— a las atrocidades de las que ha hablado García Márquez, el Premio Nobel de Literatura.

Es el monumento que se le quedó oxidado a la reina Victoria en un galpón del palacio imperial y al que ahora desoxidan con la sangre de los prisioneros.

Ahora es la línea veinte de este artículo (línea veinte a máquina, no sé a imprenta), el monumento sigue avanzando por el Océano Atlántico y hay menos sonrisas, mucho menos.

Se coagula la sangre, se coagula, entre los vientos del Atlántico sur. Se nos coagula a todos la sangre menos a la primera ministra de la Gran Bretaña: ella la traga con la mayor facilidad.

¿Quién recordará mi artículo de hace un año sobre Buenos Aires? La escena final era en el parque Lezama frente a otro monumento, negro ya total-

mente, pero por otros fríos, otra lluvia como la que empujó en aquel mayo francamente fatal. Yo le puse monumento, estatua, a la mujer desconocida, como a la amante brumosa, como a la madre que nos despidió, una mañana de invierno en la estación de la que, por el momento, saldría el último tren.

El último tren.

Ahora sé que era la estatua de Ceres, la diosa de la fertilidad. Por poner a la estatua en el principio de su penúltima novela al señor Sábado medio lo acusaron de complejo de Edipo.

El señor Sabato, como se sabe, no escribe más.

Bueno, la estatua del complejo tiene los brazos ligeramente inclinados, las manos abier-

tas y la mirada hacia el Atlántico por donde nos abrumó la iniquidad.

Las palmas de las manos de la estatua miran al Atlántico. El Atlántico se congela entre las manos de bronce negro de la estatua de la fertilidad.

Sopló el viento helado.

Cogió a la otra estatua, la colonial, por sorpresa, por la espalda, por la retaguardia. La sopló.

Y entonces, unas gotas de sangre bombardearon las manos tendidas de la diosa de la fertilidad.

Fueron unas gotas que se mezclaron con la lluvia del invierno que se insinuaba en el invierno del barrio de La Boca y ese día no había clásico Boca-River Plate.

Dos monumentos frente a frente.

La verdad, con ese gobierno, no se podía ganar. Los obreros argentinos que acaban de conmemorar su huelga nacional, nos lo hacen recordar.

Pero recuperaremos las islas.

Sí, señores. Sí, señora primera ministra de la sangre sin coagular.

Y entonces, la estatua de la fertilidad dejará escapar una ligera sonrisa. La sonrisa de la patria que nos ha vuelto a recuperar.



En 1978, con el oca-
so de la dictadura
militar, el encuentro
entre la izquierda y
las masas parecía natural:
resultado de una labor sindi-
cal que aunque sectaria, ha-
bía sido tenaz y constante.
Pero el socialismo no es una
segregación natural de la
historia. Siendo por encima
de todo un proyecto, un
ideal subjetivo, requiere de
una voluntad histórica para
construirlo. Los desafíos a
esta voluntad fueron mayo-
res en una época definida
por el fin de esos faros
que habían alumbrado, años
atrás, la propuesta socialis-
ta. No hace mucho, el pro-
pio Enrico Bellinquer ha de-
bido reconocer que ese ci-
clo histórico inaugurado por
la revolución de octubre lle-
gaba a su fin. El llamado
"socialismo real" parecía
alejarse cada vez más del
reino de la libertad anun-
ciado por Marx.

En estas circunstancias,
como en el Perú de Mariá-
tegui, el socialismo volvía
a ser una creación heroica.
La primera demanda de
la coyuntura era la necesi-
dad de una *teoría* de la re-
volución, es decir, respon-
der a dos preguntas fáciles
sólo de enunciar: ¿cómo to-
mar el poder? y ¿cómo
construir el socialismo? Las
respuestas fueron posterga-
das. Aunque la práctica de
la izquierda desembocó en
la escena electoral, no hubo
ninguna crítica a las conce-
pciones anteriores (lucha ar-
mada), ni ninguna funda-
mentación de la nueva estra-
tegia, a pesar que el ejem-
plo chileno podía ser la me-
jor recusación posible de las
elecciones como camino al
socialismo. Esto no significa
necesariamente reivindicar
la tesis maoísta del fusil
como medio para conquis-
tar el poder. Frente al fra-
caso en Chile podrían enu-
merarse las derrotas históri-
cas de los movimientos ar-
mados en Venezuela o Ar-
gentina. De esta experiencia
latinoamericana había que
obtener algún provecho pa-
ra diseñar nuestro propio
camino al socialismo, pero
quizá la disputa de plazas
electorales postergó esta a-
premiante cuestión.

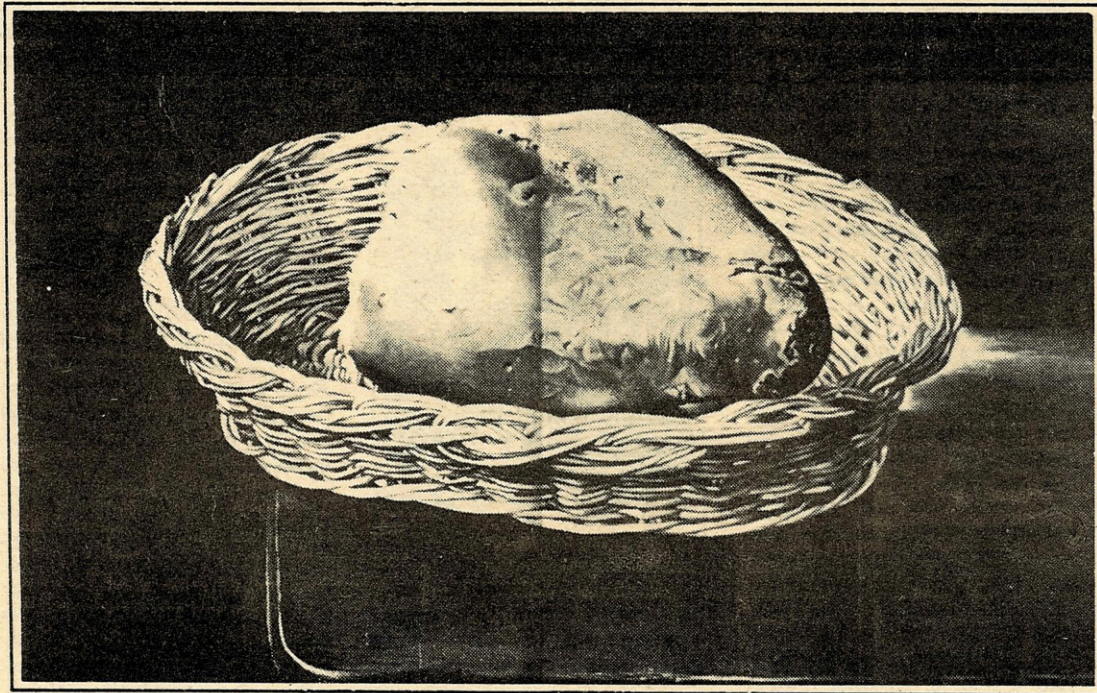
I

Lo mismo sucedió con
la construcción del socialis-
mo. Había que crear ese
concepto en el Perú parti-
endo de las condiciones
de una sociedad depen-
diente con una larga tra-
dición histórica pero con un
significativo desarrollo del
capitalismo. Era necesario
hacerlo partiendo también

El futuro de la izquierda

Alberto Flores Galindo

El título de este artículo parece ser una invitación a los pronósticos. ¿Qué quedará en 1983 de ese 30o/o que obtuvo la izquierda, cinco años atrás, en las elecciones a la Constituyente? En los meses que vienen aumentará la frecuencia de los sondeos y encuestas, se enfrentarán los cálculos de optimistas y pesimistas. . . Pero en realidad no me interesa hablar de este futuro inmediato de la izquierda enmarcado en la escena electoral y en la disputa de votos más, votos menos. Me interesa el futuro de la izquierda en su dimensión más amplia, para cuya discusión el punto de partida está en las demandas que la coyuntura histórica plantea a esa izquierda.



de una "clara visión crítica del socialismo realmente existente", como señaló Rodrigo Montoya.

Se trata, en todos estos elementos, de diseñar una utopía, combinando la inteligencia con la imaginación, la audacia con lo elementalmente verosímil. Pero como señala Leszek Kolakowski, "la construcción de una utopía es siempre un acto de negar la realidad que encontramos ante nosotros. . .". En el Perú esto significaba poner entre interrogantes toda una evolución histórica deformada por el colonialismo y por el desafortunado encuentro con Occidente. Me parece, por esto, demasiado ingenuo pensar que esa sociedad del futuro ya existe en el presente, a no ser que se identifique a socialismos con industrialización y crecimiento del Estado. En otras palabras, el socialismo no es un instrumento de "modernización" de una sociedad o un atajo para llegar a niveles comparables con las sociedades desarrolladas de Occidente. Es

el instrumento para construir un mundo radicalmente nuevo.

Pero este instrumento sólo alcanza a funcionar cuando deja de ser una lucración intelectual, debate entre bibliotecas y escritorios, y logra convertirse en una verdadera fuerza colectiva. Un mito que dando sentido a la historia, puede sustentar los mayores sacrificios de las multitudes para conquistar su propio futuro.

II

Estamos viviendo una de las más duras crisis de la historia peruana. El país parece derrumbarse. En estas circunstancias Izquierda Unida hasta ahora sólo ha sabido proponer un carné y reclamar un voto: demasiado poco. Un proyecto incapaz de entusiasmar a cualquier peruano que llega a los 18 años y a quien esta sociedad no tiene nada que ofrecer. Oportunidad única para cualquier izquierda, pero hasta ahora, esta izquierda nuestra, parece es-

tar por debajo del desafío. De la capacidad para diseñar una utopía, más que del porcentaje de votos o del número de alcaldes y concejales, pende su futuro. Seducidos por la escena electoral y la democracia, la mayoría de sus líderes ha olvidado que su función no es únicamente solucionar tal o tal otro problema, sino conquistar el poder. Algunos, sin embargo, parecen más interesados en viajar, ejercer el turismo político, aprovechar de las ventajas que otorgan ciertas parcelas del poder, que pensar en abolir este orden social. En definitiva quiero decir que el gran riesgo de esta izquierda es convertirse en una columna más de un sistema deteriorado. Han dejado de pensar la sociedad desde los más miserables para pensarla desde el Parlamento o el municipio y no desde la barriada y la fábrica. La escena oficial, como diría algún sociólogo, ha reemplazado al movimiento popular. La capacidad revolucionaria del mar-

xismo radica, por el contrario, en pensar a una sociedad desde abajo.

III

En efecto, desde abajo, para reencontrarse no sólo con la espontaneidad del movimiento popular, sino además para emprender la crítica radical de lo existente y para pensar la sociedad como una totalidad. La izquierda ha reproducido la separación entre el intelectual y el político. Hasta hace poco todos se vanagloriaban de una cierta identidad entre izquierda e intelectuales, pero ahora cuando abundan los tráfugas y las deserciones, quizá sea el momento adecuado para hacer el balance de una producción demasiado afinada en los pequeños problemas, encerrada en parcelas que impidían ver el conjunto y proyectarse hacia el futuro. Me explico con un ejemplo: muchas monografías sobre el agro (desarrollo del capitalismo, economía campesina, comunidades, etc.) pero pocos trabajos que respondan a preguntas cruciales como el destino del campo en la acumulación del capital o el porvenir de los campesinos en el Perú.

La ausencia de la dimensión "poder" en la política ha tenido como correlato la ausencia de la dimensión "futuro" en la investigación intelectual. Un cierto estilo "retro" parece contagiar a la izquierda: la añoranza de los años 20, de los tiempos de Mariátegui, de los años que siguen a la revolución de octubre. No estoy renegando de la historia; de ninguna manera. Ocurre que hay por lo menos dos maneras de encarar el pasado, según uno esté dominado por sus fantasmas o no, según uno ignore el futuro o no. La búsqueda de una alternativa ha estado tan ausente de la política como del trabajo intelectual. En alguna medida todos hemos contribuido a esa sensación de enclaustramiento que produce el Perú.

Nunca es tarde para desandar el camino y encontrar un nuevo derrotero. Cuestionar todo pero junto a la negación, tratar de encontrar la alternativa que vaya diseñando el futuro que queremos construir. Un futuro que no está necesariamente emparentado con el nombre del candidato de izquierda al municipio de Lima, ni con el porcentaje de votos que se puedan obtener el día de mañana.



"Estoy a sus órdenes, caballeros".

El presidente Ospina Pérez acaba de tomar asiento en la cabecera de la mesa y se dirige a los dirigentes liberales que durante largo rato lo han aguardado en silencio, en aquel solemne despacho de espesa alfombra y altos techos, a donde llega de vez en cuando el eco de una descarga de fusilería y cuyos ventanales dejan de ver en la luz lluviosa de la tarde, la humareda de los incendios.

Ospina está tranquilo, tranquilo, elegante y glacial, con su hermosa cabeza de cabellos color plata, su cara de rasgos finos, sus manos bien cuidadas descansando la una sobre la otra y sus ojos desprovistos de toda emoción, como si aquella ciudad incendiada que revelaba el ventanal fuese un simple decorado de cartón de una ópera y aquellos disparos que reventaban en la calle con un eco desgarrador nada tuviesen que ver con él.

Nieto de un presidente llamado también Mariano Ospina, criado en Antioquía en un mundo patriarcal de grandes haciendas, entre retratos de antepasados ilustres y peones que lo saludaban desde niño quitándose el sombrero; Ospina, impuesto por Laureano Gómez, había llegado al poder sin los méritos y antecedentes de un político de combate. Era un ingeniero y un hombre de negocios, con acciones e inversiones en finca raíz; casado con una mujer pequeña, locuaz y dinámica, que cultivaba orquídeas en Medellín, organizaba bazares de caridad y decía en voz alta todo lo que se le pasaba por la cabeza.

Ospina no. Ospina había aprendido de los jesuitas, sus maestros y guías espirituales, el don majestuoso del silencio, de la distancia, de no confiar en nadie y de escuchar a todo el mundo antes de aventurar una opinión. El que calla y oye es el jefe. Jamás perder la calma. Esperar. Con normas así de simples y el aura de respetabilidad de sus apellidos y sus cabellos blancos había llegado más lejos de todo lo previsible, en un país de políticos de ímpetu y exuberancia verbal.

Ahora aplica las normas aprendidas con una sangre fría asombrosa.

"Ustedes dirán" —repite.

Pero nadie habla. Es como si aquella delirante marcha que acaban de hacer para llegar a Palacio, en medio de multitudes enloquecidas, de disparos y muertos, hubiese dejado agotados a los dirigentes liberales.

Mendoza espera a que Echandía tome la palabra. A su modo de ver, le corresponde. Presidente de la República (por ocho días) en 1944; varias veces postulado contra su voluntad candidato a la presidencia, buen lector de los griegos, considerado por amigos y adversarios como un jurista notable y hombre diáfano y desprovisto de ambiciones personales, Echandía suscita siempre un aura de respeto.

El "bogotazo" Tanta muerte quedó en nada

Plinio Apuleyo Mendoza

Aquel aciago 9 de abril, Jorge Eliécer Gaitán, dirigente liberal y progresista de Colombia, fue asesinado. Al crimen respondió el pueblo de Bogotá con un levantamiento, pronto anegado en sangre, conocido como el "bogotazo". La revuelta terminó, algunos dirigentes mediante, en un nefasto compromiso. Esta es la crónica de esa frustración.

Abúlico y despreocupado en apariencia (algo en su indumentaria y su actitud seguía recordando la hamaca y el sopor de las siestas de su tierra natal, el Tolima), pero, en realidad, ciclótico, alterna largas etapas de despreocupación y mutismo con fulgurantes momentos de vehemencia en los que la fuerza de su argumentación y de sus conocimientos jurídicos pulverizan a cualquier adversario.

Pero ahora, abrumado quizás por el espectáculo visto en las calles, ha caído en uno de sus insondables mutismos. Entonces Mendoza Neira decide hablar. Decide ir al grano, a su manera, sin preámbulos ni retórica.

"Presidente —dice—, el asesinato de Gaitán ha planteado una situación muy grave, que usted no podrá controlar. Creemos que en las actuales circunstancias lo único posible para evitar un desastre mayor es entregarle el poder al Ejército. El Ejército tiene la confianza del pueblo".

No es Ospina el que se altera, sino Echandía. Resopla bruscamente como un caballo picado por un alacrán; la sangre se le viene al rostro.

"¿El Ejército?" —pregunta despabilándose, como si acabara de despertarse de una siesta y con aquel acento nasal suyo, del Tolima, exaltado por una nota de alarma: ¡Eso es insensato! —exclama con una especie de sorprendido furor.

—Absurdo —confirma Lleras Restrepo.

La propuesta aquella les parece un exabrupto. Mayúsculo. Herederos de una tradición jurídica que había empezado en el país cuando los jesuitas fundaron la primera universidad (o quizás desde antes, cuando el conquistador Jiménez de Quesada, que no era como otros conquistadores y aventureros sin entrañas y encorsetado en metal sino un leguleyo de Castilla que había respirado hasta la médula el polvo de los códigos, clavara en aquella altiplanicie helada una estaca para fundar la ciudad de Santa Fe de Bogotá), herederos también de la Patria Boba, que una vez dado el grito de independencia se olvidó de los españoles cuyo poder militar estaba intacto para despedazarse en pugnas bizantinas entre federalistas y centralistas, herederos, pues, de aquella funesta y venerable tradición, no ven la realidad; la reali-



dad: es decir, un gobierno minoritario dispuesto a cualquier cosa con tal de mantener en el poder al partido conservador, sino el orden jurídico del país, las formas institucionales, la tradición de un poder civil, la supuesta democracia ejemplar, como si un rosario de sangrientas guerras civiles en el siglo anterior y una serie de gobiernos hegemónicos que se habían perpetuado gracias al fraude y a la coacción sobre sus opositores en las primeras décadas del siglo veinte, no hicieran de aquella supuesta tradición democrática una cosa formal, una simple afirmación retórica que enmascaraba los feroces antagonismos y tensiones de una sociedad desigual, de privilegios y miserias; injusta, explosiva.

Nada de esto ven; en su fuero interno sólo hay, de muy buena fe, la intención de resguardar las formas legales propiciando un acuerdo republicano y patriótico de la gran clase dirigente frente a lo que ahí afuera grita, incendia, saquea y muere a tiros en las calles.

"La situación es muy grave y hay que buscarle una salida", dice Echandía.

"Muy grave, efectivamente", confirma el presidente Ospina.

Ha comprendido. Los liberales esperan quizás su renuncia a fin de que un primer designado, de filiación liberal, tome el mando, pero no se atreven ni siquiera a exigirselo. Un acuerdo es posible, pero como última carta. Por lo pronto

hay que ganar tiempo, dilatar el diálogo, servirse de aquellos dirigentes como tácticos rehenes, mientras la chusma, distraída por el aguardiente y el saqueo, se agota en las calles y tropas frescas y seguras enviadas desde Tunja llegan a la capital.

Habla brevemente:

"Estoy de acuerdo en buscar una solución patriótica para salvar al país del caos. Pero como ustedes comprenderán nada puedo decidir sin consultar con los dirigentes de mi propio partido".

Así, sin aludir a ella explícitamente, deja flotar en el aire la posibilidad de una renuncia. Esperándola, los jefes liberales permanecerán en Palacio mientras las muchedumbres quedan en las calles a la deriva.

Mendoza comprende también. Ospina no puede entregarles el poder a los liberales. Puede entregárselo al Ejército si lo hubiesen presionado en este sentido de común acuerdo. Pero después de la reacción colérica de Echandía y de Lleras Restrepo, él ha quedado descalificado y su fórmula no tiene peso alguno.

¿Qué hace allí, entonces? Ha sido un error venir a Palacio sin un plan previamente establecido. Habría sido mejor, piensa ahora, organizar algo en la calle. No es fácil, ciertamente, organizar una muchedumbre anarquizada y ciega, pero ha visto policías con escarapelas rojas en el brazo; policías que se han sumado a la insurrección. Quizás con ellos y otros hombres de cabeza fría, podrían tomarse algunos cuarteles y sobre todo aquel parque militar de Santa Ana donde había centenares de fusiles.

En estas posibilidades piensa aún, secretamente incómodo consigo mismo, mientras la noche, iluminada por el resplandor de los incendios, va cayendo sobre los tejados de la ciudad, y sus compañeros liberales continúan aguardando una decisión presidencial que tarda, y todo en Palacio es un ir y venir de edecanos y ministros, y en otra oficina el presidente se comunica por teléfono con gobernadores y guarniciones.

Más lejos aún, doña Bertha, la esposa del presidente (ella misma se lo contaría a Mendoza muchos años después, en una recepción diplomática en la embajada de Venezuela), está llamando a un teniente de toda su

confianza, edecán de Palacio, y con una energía inquebrantable, fría, que nunca le faltará aquella noche, le dice:

"De todos ellos, el único peligroso es Mendoza Neira. Si pretende irse, deténgalo".

"JEFE, SALGASE DE AHI"

Desde su punto de vista, tiene razón.

Mientras avanza la noche, en medio de confusas y pedregosas deliberaciones, Mendoza Neira siente crecer un amargo desasosiego.

Han caído en una trampa. Fuera, se está perdiendo un tiempo precioso. Las emisoras, tomadas por el pueblo en las primeras horas de la tarde, no tardarán en caer de nuevo en manos del gobierno. La tropa ocupará posiciones estratégicas en la ciudad. Extraviada por los saqueos y el aguardiente, la muchedumbre que recorre aún las calles va a ser masacrada.

Todo el contacto que tuvo Mendoza con el mundo exterior fueron dos llamadas de teléfono.

La primera proviene de la Quinta Estación de Policía que ha sido tomada por insurrectos; el hombre que llama, conocido suyo, está borracho. Por la voz, da la impresión de que al otro lado de la línea no puede mantenerse por mucho tiempo en pie.

"Jefe, sálgase de ahí. Vamos a marchar sobre Palacio. Vamos a pegarle candela".

Mendoza continúa pensando en el parque militar de Santa Ana. Pero suponiendo que su conversación es escuchada, intenta darle brumosamente una pista al borracho:

"Acuérdese de una santa que era madre de la virgen", dice. "La cosa es por ahí".

El borracho, obviamente, no comprende nada.

"¿Qué virgen? —pregunta con voz pastosa—. Nos cagamos en ella, jefe. En ella y en las Once Mil Virgenes".

La comunicación es interrumpida.

La otra llamada que recibió proviene de su hija Elvira.

"Papá, la Radio Nacional acaba de transmitir un comunicado diciendo que ustedes están en Palacio ofreciéndole su apoyo al presidente".

Mendoza se lo cuenta a sus compañeros. Lleras Restrepo, que hasta entonces había permanecido tranquilo, se enfurece.

"Esto es infame, inaudito —exclama—. No podemos quedar como traidores ante el pueblo. Nada tenemos que hacer aquí. Debemos irnos.

Un conservador, Eduardo Zuleta Angel, lo calma.

Antiguo presidente de la ONU (presidente del mundo, como él decía con buen humor), dueño de una exuberante vitalidad que parecía siempre a punto de romperle las costuras del traje y de una voz sonora capaz de quebrar un cristal, Zuleta acaba de aparecer en el salón donde se hallan los jefes liberales con vasos llenos de whisky

y hielo, y reconfortantes palabras.

Los conoce a todos; con ellos ha bebido muchas veces en el Jockey Club, jugado al tresillo y al póker.

“¿A dónde piensan irse? Los soldados pueden matarlos por equivocación, si salen de Palacio. No sean locos”. Se estremece de risa examinándolos con una radiante mirada de sus ojos verdes, casi paternal. —Están ustedes como aquellos generales de nuestras guerras civiles, que después de tomarse una plaza se iban de nuevo al monte en vez de quedarse en ella.

Mueve resignado la cabeza, como un buen jugador de póker que acepta haber perdido la partida:

“Además, creo que antes de las seis de la mañana, Echandía es presidente de la República.

Los dirigentes liberales cambian una mirada entre sí.

Están siendo manipulados fría, hábilmente.

UNA OLLA DE ARROZ

A las seis de la mañana, Echandía no es presidente sino ministro de Gobierno de Ospina Pérez, en un Gabinete mixto de liberales y conservadores.

Hambrientos, el mentón oscurecido por una barba de 24 horas, irritados los ojos por una noche pasada en blanco, la camisa arrugada, pero impecable aún, el sombrero inglés de ala dura y cinta de seda, aquellos jefes liberales salen de Palacio para encontrarse, en la luz brumosa y glacial del amanecer, ante el panorama desgarrador de una ciudad repleta de escombros y cadáveres.

La vieja calle Real, que había visto desfilar la carroza de los virreyes, y más tarde, los caballos de Bolívar y sus llaneros y más tarde aún, tanto presidente de sombrero de copa y personajes de saco-leva, en aquellos memorables sietes de agosto en que el poder pasaba de manos de un civil a manos de otro civil de bigotes solemnes y rodeado de la misma pompa; aquella vieja calle Real parecía una calle de Varsovia, de Dresden o de Hamburgo después de un bombardeo de la última guerra, con paredes absurdos y sombríos como espectros alzándose a los lados, agujeros en vez de ventanas, abiertos a la desolación de ruinas humeantes; hierros innobles torturados por el fuego, vidrios rotos, piedras renegridas; de pronto, un charco de sangre; y de pronto, también desamparado y grotesco y con las ropas hinchadas por la lluvia, un cadáver.

Apostados en cada esquina, soldados traídos de Tunja y otras guarniciones seguras, se agachan detrás de costales de arena, apuntando con sus fusiles; tienen orden de disparar contra todo aquel que no alce los brazos.

Sombríos y todavía desconcertados los jefes liberales caminan como en el laberinto de una pesadilla mirando todo aquello, creyendo quizás que

han salvado a la república.

Cuando llegan a El Tiempo, en cuyo vestíbulo taciturnos policías con escarapelas rojas en el brazo, el fusil entre las piernas y caras llenas de sueño, aguardan aún instrucciones que nadie puede darles, alguien trajo a los dirigentes liberales una olla de arroz, arroz que todos comieron con la mano.

ESPECTRO HISTORICO

Lo que después de aquel día habría de producirse no hizo sino confirmar el pronóstico sombrío de Mendoza Neira la noche del 9 de abril.

La derecha, que gobernaba al país desde 1946, había aceptado compartir el poder con representantes del partido liberal en *desespoir de cause*, acorralada por la más grande, instantánea y vertiginosa insurrección popular que se haya visto en Colombia, y quizás en toda la América Latina.

Pero, asegurado el poder, su intención no era compartirlo ni perderlo, sino conservarlo a cualquier precio. Aquellas masas dispuestas a todo, que se habían apoderado de las calles en una tarde y una noche, blandiendo machetes, saqueando e incendiando, removían en el espíritu de los viejos sectores conservadores del país todavía poderosos, espectros históricos por ellos muy temidos; la guillotina segando de un tajo cabezas de nobles en medio del obscuro delirio del populacho de París, durante la Revolución Francesa; los palacios de San Peterburgo arrasados por hordas de bárbaros bolcheviques; Porfiristas fusilados contra una pared por los peones borrachos de Pancho Villa, en la Revolución Mexicana; iglesias quemadas, monjas violadas y sacerdotes ultimados de un balazo en la nuca por los rojos en la guerra civil española; la Argentina de estancieros y hombres de negocios respetables arruinada por un demagogo y la cómica de teatro de su mujer; y tantos otros episodios ilustrativos de lo que ocurría en un país cuando a la plebe ignorante se le dejaba actuar a sus anchas.

No, eso no iba a ocurrir en Colombia. No iban a entregarle el poder, en elecciones, al partido que había sido en última instancia responsable de todo aquel caos al demoler los fundamentos de aquella Colombia tradicional y cristiana de sus padres y abuelos (donde la autoridad era respetada y cada cual tenía el lugar que le correspondía) alborotando a la chusma, adulándola, pervirtiéndola, dándole derechos y prerrogativas para los cuales no estaba preparada (¿de qué servía, por ejemplo, darles prestaciones sociales si no tenían todavía cultura, si en vez de llevar el dinero a sus casas y educar cristianamente a sus hijos, se bebían el dinero en chicha, se amancebaban, se reproducían como conejos, se apuñaleaban por cualquier cosa?)

“La plebe es la plebe, y si usted le da la mano acaba por arrancarle el brazo, es bien sabido”.

Sandino, otra vez en guerra con los EE.UU.

Juan Gargurevich

Aún viven algunos antiguos compañeros de Sandino. Junto al líder antimperialista tomaron las armas para combatir y expulsar a los “marines” y a la diplomacia del dólar que habían invadido Nicaragua. Hoy, al ver desfilar miles de jóvenes sandinistas hacia las fronteras no pueden menos que exclamar: Otra vez estamos en guerra con los yanquis. . .



—¿Creen ustedes que los Estados Unidos podrían invadir militarmente Nicaragua? —preguntaron los congresistas norteamericanos.

—Sí —contestó el comandante Humberto Ortega.

—Está usted equivocado —contestaron rápidamente los norteamericanos.— Para que los EE.UU. invadan Nicaragua se necesita una autorización del Congreso... y eso no es fácil, casi imposible. . .

El diálogo se suscitó hace algunos meses, cuando varios senadores y representantes de los Estados Unidos se entrevistaron con el dirigente sandinista.

Y poco después, a fines de diciembre, el Congreso dictó una resolución prohibiendo al gobierno de Reagan que apoyara operaciones de grupos paramilitares “encaminadas a derrocar al gobierno sandinista y a crear enfrentamiento entre Nicaragua y Honduras”.

Sin embargo, muy poco después, los Estados Unidos lanzaron contra Nicaragua hordas de somocistas fuertemente armados y utilizando el territorio de Honduras y la vergonzosa complicidad de los dirigentes de este país.

Tenía razón el comandante Ortega al contestar afirmativamente a la pregunta de los parlamentarios, pues los sandinistas poseían amarga experiencia de enfrentamientos armados con los Estados Unidos... y sin que el Congreso norteamericano autorizara ninguna guerra.

LA PRIMERA GUERRA

Los detalles son muy conocidos. Baste recordar que los nacionalistas nicaragüenses debieron enfrentarse al cavernario presidente William Taft, quien ordenó el primer desembarco de infantes de marina. Se marcharon en 1925 pero volvieron para defender a un fantoche proyanqui y se quedaron por seis años.

Pero en esta primera guerra no declarada tuvieron que enfrentar a los tres mil hombres liderados por el general Augusto Sandino. Los “marines” fueron vencidos una y otra vez pese a sus 12 mil hombres, sus aviones y barcos.

Sandino había prometido abandonar las armas cuando el último soldado norteamericano

no dejara Nicaragua. Y cumplió su palabra en 1933. Pero aquellos habían estructurado la Guardia Nacional a su antojo colocando como jefe a un cómplice, el comandante Somoza.

En 1934 Sandino fue traicionado por Somoza y luego de capturado fue asesinado. Más tarde el presidente Sacasa sería derrocado iniciándose así el reinado de la dinastía que tantas desventuras causaría al pueblo nicaragüense.

Así terminó la primera guerra entre los Estados Unidos y Nicaragua.

LA SEGUNDA GUERRA

La historia nos ha demostrado ya que los Estados Unidos no tienen necesidad de que su Congreso “declare la guerra” para proceder a una agresión directa o indirecta. El ejemplo de Vietnam es el más dramáticamente cercano y demostrativo: casi un millón de soldados llegaron a reunirse en el país asiático e incluso Vietnam del Norte fue bombardeado. Nunca medió una declaración formal.

Y tampoco los gobiernos norteamericanos de turno requirieron permiso para declarar indirectamente la guerra a Cuba cuando armaron un ejército mercenario para invadir la isla en 1961. Tampoco el Congreso fue consultado para la invasión de la República Dominicana en 1965, y así sucesivamente.

Aquella respuesta al comandante Ortega sólo mereció una sonrisa de los analistas políticos pues muy poco tiempo después, la revista “Time” (insospechable de sandinismo) publicó que la CIA (es decir, el gobierno norteamericano) dirige la invasión a Nicaragua y que el jefe de la operación es el mismísimo embajador norteamericano en Honduras.

LOS INSTRUMENTOS

En realidad la tensión entre Honduras y Nicaragua se inició desde hace ya mucho tiempo, casi desde el momento en que el Frente Sandinista expulsó a la oligarquía somocista y más aún cuando la revolución inició un urgente proceso de depuración. Honduras acogió a los contrarrevolucionarios y permitió su asentamiento en la frontera.

Quizá los Estados Unidos

esbozaron un primer plan para derrocar a los sandinistas y que consistía básicamente en provocar la guerra entre Honduras y Nicaragua, que no se dejó entrapar. Y ahora se ha lanzado a otra alternativa, esto es, la guerrilla antisandinista, con el objetivo de convocar fuerzas internas y crecer hasta terminar con el gobierno del FSLN.

Entremezclados, sin más ideología que la búsqueda de los privilegios perdidos, los opositores están agrupados en tres facciones: Frente Democrático Nicaragüense (FDN), Unión Democrática Nicaragüense (UDN) y Fuerzas Armadas Revolucionarias de Nicaragua (FARN). Unos son ex guardias nacionales, otros burgueses expulsados, la mayoría oportunistas (como Edén Pastora), etc. Son tres frentes de combate para la milicia sandinista que calcula en unos 1,500 los combatientes opositores y que, pese a su preparación y buen armamento, no han podido fijar posiciones en territorio nicaragüense.

No existe ninguna duda sobre la fuente de apoyo de los contrarrevolucionarios, pues uniformes, armas y dinero, todo es norteamericano.

¿QUE VENDRA DESPUES?

La invasión antisandinista no parece tener futuro pues la respuesta sandinista ha sido fulminante. Los mercenarios, bien pagados, vagamonte “anticomunistas”, no pueden igualarse en ardor combativo a los sólidos militantes del Frente Sandinista. Esto es obvio aún para el más obtuso agente de la CIA.

Así, el fantasma de la guerra entre Nicaragua y Honduras sigue rondando peligrosamente debido a la pasmosa irresponsabilidad del gobierno de Ronald Reagan. Los nicaragüenses parecen estar convencidos de que el próximo paso será la guerra, pues así lo habría dispuesto la CIA en el caso del fracaso guerrillero —tal como parece estar sucediendo.

Seríamos entonces testigos de una agresión hondureña y de una nueva aventura norteamericana. Pero el Congreso seguirá ignorando la guerra pues “no ha sido autorizada”. Ingenuos o astutos, los parlamentarios del gigante del Norte se han lavado las manos.



Gustavo Gutiérrez: Para iniciar el diálogo yo quisiera hacer algunas observaciones desde mi punto de vista.

Y lo primero que debo decir es algo referente a la perspectiva asumida en el trabajo de Pedro Trigo. Desde el comienzo Trigo señala que su perspectiva es teológica. Y no deja de llamar la atención el hecho que una aproximación teológica se haga sobre una obra literaria. En primer lugar, y aquí estoy tomando temas del propio Trigo, se trata, como él dice, de un nivel de perspectiva y no de un nivel de temática, es decir, un enfoque, un punto de vista a través del cual se intenta iluminar algunos aspectos de la obra de Arguedas, pero que necesariamente deja otros en la sombra, como todo enfoque. En otro lenguaje, diré que se trata de una lectura teológica de una obra rica, y, por eso mismo, susceptible de varias lecturas.

La teología es una reflexión sobre una fe que se alimenta precisamente de una narración. Y esa narración es la Biblia. La Biblia no es un tratado filosófico teológico sistemático, no es un enunciado de verdades ni de razonamientos silogísticos: es una narración. Y esa narración está en el punto de partida de la fe cristiana. Y es por eso que Trigo puede decir con razón que él intenta situarse en una perspectiva de lo que hoy —es una corriente muy reciente en teología— se llama teología narrativa, que en realidad es retomar la perspectiva misma de la Biblia, donde las afirmaciones de la fe se refieren a hechos históricos y no a verdades abstractas.

Abordar la novelística latinoamericana, y muy concretamente a Arguedas, lleva no tanto a hablar de autores sino de actores, del pueblo latinoamericano mismo que esas novelas tratan de presentar. Y eso es precisamente el trabajo de Trigo, es más un trabajo sobre el actor, el pueblo latinoamericano, que sobre los autores mismos. Y un aspecto de este personaje colectivo que es el pueblo latinoamericano es la vertiente religiosa. Y Arguedas, a través de personajes diferentes, nos expresa con una variedad muy grande de matices las idas y venidas de la fe religiosa del pueblo peruano. En el trabajo de Trigo se trata la vertiente religiosa de un pueblo que es al mismo tiempo un pueblo oprimido y un pueblo con una creencia religiosa. De eso se trata, y no de la confesionalidad religiosa del autor. Eso, me parece, está fuera del tratamiento de esta obra.

Una segunda observación, dirigida a la obra de Arguedas, es la siguiente: la obra de Arguedas ha recibido interpretaciones diversas; hay un punto que a todos preocupa e interesa, y es sobre la afirmación de una posibilidad o salida histórica para este pueblo que era el suyo. Cuando hablo de diferentes interpretaciones pienso que, por momentos, de Arguedas se dijo



José María Arguedas y la religión de los pobres

Hace algunas semanas fue publicado el libro *Arguedas: mito, historia y religión*, del sacerdote venezolano Pedro Trigo, que incluye un extenso y valioso ensayo de Gustavo Gutiérrez titulado *Desde las calandrias*, y que analiza la obra narrativa de José María Arguedas desde una perspectiva teológica. Con ocasión de la aparición del mencionado volumen se realizó en la ANEA un conversatorio en el que participaron Gustavo Gutiérrez (también autor del importante *Teología de la liberación*), los críticos literarios Alberto Escobar y Abelardo Oquendo y el poeta Antonio Cisneros, director de *El Caballo Rojo*. Parte de esa rica y matizada conversación es la que ofrecemos ahora, con los lamentables y necesarios recortes que nos impone el periodismo. El texto de Gustavo Gutiérrez que acompaña esta versión del conversatorio pertenece a su ya citado ensayo *Desde las calandrias*.

que tenía una cierta fijación al pasado. Creo que Arguedas nos muestra, por el contrario, una proyección hacia adelante, dolorosa sin duda, difícil pero real. Me parece que esa proyección de Arguedas es más fuerte, más terca que su propia vida.

Una tercera y última observación es la siguiente: en Arguedas hay una perspectiva que arranca desde lo más despreciado y pobre, y esa es la perspectiva que tiene razón para

él. Sus personajes, que forman parte de la escoria de la humanidad, de lo más despreciable, aparecen, sin embargo, limpios y cuestionando, casi desde afuera, todo un orden social. Son personajes de un mundo despreciado que irrumpen en un mundo que no es el de ellos, y entran con valores propios. En esta irrupción del más pobre hay en Arguedas un tema central. También en su obra se presenta una ruptura del lenguaje civilizado normal; y la

distorsión misma del lenguaje es la que viene del hablar del pobre, del marginado. En esa perspectiva hay algo sumamente importante: aparece la creencia religiosa de ese marginado, y no aquella que justifica el orden establecido, la injusticia social, aquello que Arguedas llamaba el Dios inquisidor. Lo que no hace a esto falsamente romántico es que Arguedas ve en esas mujeres y hombres valores propios y enormes, y no sólo el hecho de ser desprecia-

dos. Hay una calidad humana en ellos que es lo que le da precisamente a la obra de Arguedas universalidad. Esto constituye un reto y un desafío de reconstrucción de un país, de una sociedad, de una fe cristiana.

Alberto Escobar: A los que conocimos y leemos a Arguedas nos parece de suma importancia la aproximación que han hecho Trigo y Gustavo Gutiérrez, como la que hizo antes Rouillón. Sin embargo, en la obra de Arguedas hay un compás que va desde los cuentos, escritos en 1933, hasta la última obra. Y este libro solamente habla de 3 novelas. Si se pone en consideración los cuentos y el rol que en ellos tiene la religión para los actores, sale inmediatamente como una constante lo mismo que aparece en el lenguaje. Hasta una época en la evolución literaria de Arguedas el rol de la Iglesia o el rol que la religión tenía para los actores que habitaban esas obras era igual al rol que tenía el lenguaje como depositario de la ideología. En cambio, cuando se mira hacia el final de su creación, cuando se mira hacia *El zorro de arriba y el zorro de abajo*, el lenguaje cambia, y no solamente una relación que apunta a la lengua superior y a la lengua inferior, sino que aparece el mito, y con el mito se cambia el rol de la lengua, y entonces estamos ante un país poliglótico. Y *El zorro...* es la primera obra notable de la etnoliteratura peruana. Y si se lee *El zorro...* con esa actitud, es evidente que el mito que está cuajado en la obra, en la cual tienen mucho que ver la visión religiosa y la oposición entre el dios liberador y el dios inquisidor, es la creencia en una sociedad de la comunidad, de la solidaridad, frente a la creencia en una sociedad individualista.

Por estas y otras razones, el libro de Trigo es importante, especialmente cuando aparecen estudios como el de Muñoz en Estados Unidos, donde se dice que Arguedas fue un hombre que se vendió a una actitud culturalista, que se vendió porque le dieron un puesto en el Ministerio de Educación. Frente a esto que se murmura en todo el mundo, frente al intento de convertirlo en un escritor ecológico, el libro de Trigo es un intento por abrir las puertas y mostrar un Arguedas mucho más fecundo y mucho más rico en su deseo de ser el cantor de un pueblo.

Antonio Cisneros: Yo imagino que todos nos preguntamos por Arguedas como personalidad religiosa, como autor religioso. Y yo creo que sí, que de alguna manera lo era. Y su obra está construida, desde su primer libro de cuentos, *Agua*, hasta su inconcluso *El zorro...*, sobre la base de la historia de los pobres hacia su liberación. Por otro lado, recordemos que Arguedas es un escritor popular que ha visto, como nunca y como nadie, los valores del hombre andino y, como muy

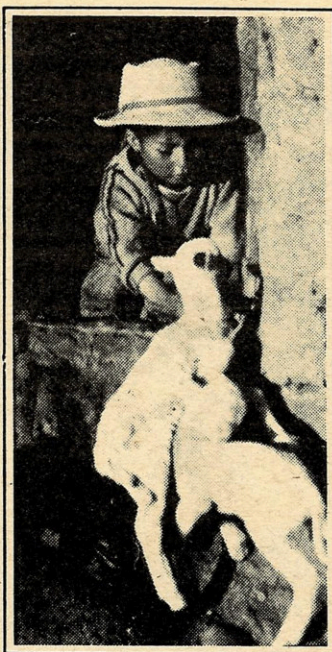
pocos, los valores del hombre en general, los valores del pueblo peruano. Y uno de los valores indisolubles de nuestro pueblo es el valor religioso. De esa manera, independientemente o no de que Arguedas tuviese o no tuviese una particular actitud religiosa, tácita o expresa, reflejando las vivencias de ese pueblo él va a reflejar también esa religiosidad.

Gran parte del término *religioso* va ligado al término de *mito*. Creo que no es ofensivo ni chocante recordar que religión y mito pueden caminar perfectamente juntos. Más aún, son partes de una misma visión del mundo. Yo me acuerdo mucho del prólogo del excelente libro de Alejandro Ortiz, *De Adaneva a Inkarrí*, en donde recalca que el mito no son las leyendas o las cosas más o menos fantásticas o improbables que están en el pasado. El mito es una forma de ver el mundo, por lo tanto, es una cosmogonía. Entendido en esos términos, mito como explicación del mundo, y no del mundo que pasó sino del mundo que está haciéndose, una explicación hacia el futuro, en esa medida creo que la obra de Arguedas refleja cabalmente y expresa eso, y hasta me atrevo a decir que es lo nuclear en toda la obra de Arguedas. En ese sentido, Arguedas, mito y religiosidad pueden caminar perfectamente unidos. Arguedas caló muy hondo no solamente en el alma de los indios o los campesinos pobres del Ande, y de los mestizos, los criollos y los costeños, sino que calando en el fondo de todos ellos, dándoles una entidad de carne y hueso, hizo una visión cultural. Y prácticamente lo único que les queda a los más pobres del Perú es esa cultura de pobres interiorizada, que es lo que se viene a dar en llamar una cultura de resistencia. Y esa cultura de resistencia es la que de algún modo permite la esperanza.

Abelardo Oquendo: Yo voy a prescindir de mi monólogo, en aras del tiempo, y voy a romper lo previsto para iniciar el diálogo. Y quiero abrirlo con Gustavo Gutiérrez. El, tal vez preocupado por su condición de sacerdote, y por la condición de sacerdote del padre Trigo, y por este enfoque desde la perspectiva teológica de la obra de Arguedas, ha dicho que la aproximación teológica no implicaba un intento de rastrear la confesionalidad del autor sino del actor de la obra de Arguedas, es decir, del pueblo mismo como su actor principal. Esto implica todo un planteamiento sobre la literatura. Me parece que Gustavo Gutiérrez ha querido decir con verdad y con certeza que Trigo no trata de ganar a Arguedas para la causa cristiana ni para la causa católica; simplemente, trata un tema central en la obra de Arguedas: el tema de la religión. Hasta allí estamos de acuerdo. Pero ya no estamos de acuerdo cuando dice que no se trata de la confesionali-

dad del autor sino que se trata de ese actor, que es el pueblo, y que la investigación teológica tiene que ver con el pueblo y no con Arguedas. No estoy de acuerdo porque el pueblo que aparece en la obra de Arguedas no es el pueblo. El pueblo que aparece en la obra de Arguedas es una creación de Arguedas, es una representación literaria, son personajes creados por él, por más proximidad o fidelidad que tengan respecto a la realidad. Pensarlo de otro modo nos llevaría a establecer el valor y la verdad de una obra literaria por su confrontación con la realidad. Entonces, si esto es realmente el espejo del mundo o del fragmento del mundo que le importa, es bueno, y si no, es malo. En traríamos entonces a una discusión infinita para establecer si el indio de Arguedas es o no es el verdadero indio. Para el caso, eso no tiene la menor importancia. Quisiera que Gustavo Gutiérrez precise esta idea de la literatura envuelta en su afirmación, porque en última instancia estamos hablando de literatura.

Gutiérrez: A mí me importaba decir que el de Trigo no era un trabajo orientado directamente a la confesionalidad religiosa de Arguedas sino a su obra. Me pregunto: ¿hasta qué punto es posible diferenciar una obra de su autor, la materia prima de este pueblo peruano que Arguedas busca expresar y el pueblo que él mismo crea? Reconozco que eso es difícil. Una segunda observación que haría es que a mí me sorprende en la lectura de Arguedas las diferentes posiciones que se hallan presentes en su obra. El hace hablar a sus personajes cosas muy distintas, por eso es que hablé de idas y venidas. En *El zorro*... no hay manera de encontrar un personaje con el cual se identifique. En ese caso habría que ir a la relectura que el propio Arguedas hace de algunos aspectos de su obra. Alberto Escobar insistió en eso cuando mencionó expresiones como Dios liberador, Dios inquisidor, que están en el último diario, y que de alguna manera significan un leer. Cuando Arguedas dice que el Dios del sacristán de *Todas las sangres* es un Dios liberador, esa expresión no se encuentra en *Todas las sangres*, se encuentra en el último diario. Eso complicaría más el panorama, ciertamente, pero me parece que por un lado hay una riqueza muy grande de expresiones en materia religiosa, y, por otro, están las pistas que el propio Arguedas en sus relecturas puede hacer. Mi intento era el que Abelardo Oquendo señalaba inicialmente, y para evitar interpretaciones, en mi opinión, equivocadas, pero no me es posible distinguir tanto obra como el compromiso mismo del autor. Tal vez la vertiente que puede ayudar es la de un Arguedas comprometido con este pueblo. Me parece que lo intentó desde adentro de ese pueblo, y, por lo tanto, desde dentro de su ver-



tiante religiosa también. Lo religioso y la noción de Dios no aparece en forma monolítica en él, porque Arguedas parte de la práctica creyente y desde allí encuentra que hay varios "dioses".

Escobar: Creo que no es necesario entrar en una disquisición sobre la teoría literaria, pero se puede entender que algunos autores están más cerca del pueblo y otros están más lejos. Eso no quiere decir que aquellos que están cerca necesariamente sean mejores que aquellos que están lejos. Pero sí es cierto que cuando se estudia la ideología se da una pista para saber si los intereses o las ilusiones o los proyectos o los mitos que han desarrollado las obras de estos autores están dando una versión más real que aquella que nos presentan a menudo los antropólogos o los políticos. De modo que la literatura es una forma de representar también a la sociedad. Y dentro de esta representación hay distintas maneras de entender lo que es la literatura.

Cisneros: Cuando hace un momento hablaba de la estructura fundamentalmente mítica de la obra de Arguedas, y relacionaba mitología y religión, no necesariamente me estaba refiriendo a la religión cristiana de una manera obvia y confesional, o siquiera a un estado aproximado de pureza de acuerdo a ciertas normas. También es la presencia de todo aquello que hemos dado en llamar sincrético, todo lo que constituye la base de la religiosidad popular. Voy a leer un fragmento del único libro de poesía que existe de Arguedas, *Tembler*, donde se ve más claro que en sus novelas la estructura mítica de su pensamiento. Pertenece a la "Oda a Nuestro Padre Creador Túpac Amaru": "Padre nuestro, escucha atentamente la voz de nuestros ríos, escucha a los temibles árboles de la gran selva, el canto endemoniado, blanquísimo, del mar, escúchalos, Padre mío, serpiente dios. Estamos vivos, todavía somos. Del movimiento de

los ríos y las piedras, de la danza de árboles y montañas, de su movimiento, bebemos sangre poderosa cada vez más fuerte. Nos estamos levantando por tu causa, recordando tu nombre y tu muerte". Como se darán cuenta, este fragmento, y todo el libro, está profundamente inserto en un pensamiento mítico que está hablando de toda la colectividad.

Oquendo: Me preocupa en la lectura del libro de Trigo esta identificación o aproximación del contenido de las obras de Arguedas con la teología de la liberación. La teología de la liberación y la perspectiva de Trigo y Gutiérrez parten de la religión, de la verdad revelada, de una institución totalmente constituida, etcétera. Todos sabemos lo que es una religión y lo que es la religión católica. Yo no veo eso en Arguedas o sus personajes. Cuando los personajes de Arguedas oponen —para decirlo con la terminología del último diario— el Dios inquisidor al Dios liberador, no redescubren el cristianismo. Me parece, más bien, que hacen una propuesta prácticamente herética. Es un contra-Dios, es el anti-Cristo del Cristo de los dominadores, que manejan ese dios para la dominación. Hay un deslinde que

no se ha hecho: si hay varios dioses, si mis patrones inventan su dios y yo invento el mío, y hay otras invenciones, entonces ¿dónde estamos?, ¿alguno vale? O pueden valer todos igual, cada uno con el dios que mejor le convenga.

Gutiérrez: Arguedas tuvo la fineza de percibir y distinguir una religión adormecedora de un pueblo, y también una fe cristiana ligada a los pobres y a los intereses populares, expresada en la cultura del pobre. Si partimos de que el Dios cristiano es necesariamente justificador de un orden social, toda otra visión de Dios no tendría nada que ver con la fe cristiana ni con la Biblia. Yo me pregunto si Arguedas, desde el pecho del pueblo, no percibió de una manera diferente al Dios en el cual esos hombres, los indios, y no solamente ellos, piensan y creen. Considero que hay un contra-Dios si se parte de una determinada idea de Dios; por mi parte, si así fuese, mi Dios es el que se acaba de llamar el contra-Dios.

Escobar: En la obra de Arguedas hay una especie de figura que es el mundo al revés, que supone incluso hacer un nuevo Dios, diferente al Dios inquisidor, supone hacer una sociedad solidaria.

Idolatría y asesinato del pobre

Gustavo Gutiérrez



Es imposible leer a Arguedas sin percibir que el asunto de la fe religiosa —con todos sus avatares— es capital en su obra. Trigo lo demuestra bien examinando con finura en *Ríos profundos* la función central que juegan en la novela los enfrentamientos entre Ernesto y el sacerdote director del colegio, así como estudiando el debate sobre Dios en *Todas las sangres*, y las implicancias del nuevo cristianismo y del Dios liberador en *Los zorros*. Esto ocurre simple y sencillamente porque Arguedas encuentra lo religioso muy dentro de la vida del pueblo desde el que escribe y del que forma parte. También aquí juega el hecho de estar "entropado" con los pobres y marginados a que aludíamos en las primeras páginas de este artículo. Su interés en el asunto no es ni académico ni individual, es vivido y colectivo. Es impresionante ver cómo, en boca de sus personajes, Arguedas recoge con gran variedad de matices las idas y venidas de la fe religiosa de un pueblo explotado y al mismo tiempo creyente.

Importa hacer notar que Arguedas no se entrapa en lo accesorio y va a lo medular de la cuestión: Dios mismo.

"¿Quién es Dios? ¿Quién es?" (TS. 50) preguntaba la kurku a partir de su sufrimiento y su insignificancia. Aquí está lo decisivo, todo otro aspecto de lo religioso (doctrinas, instituciones, personas) le está supeditado. Eso es agarrar el asunto en el corazón mismo de lo que José Carlos Mariátegui había considerado como la presencia del factor religioso en la vida del pueblo peruano y como un elemento de su identidad histórica. Es decir, allí donde Vallejo, que "era el principio y el fin", lo había colocado ya.

Sin embargo, el término Dios no recubre para Arguedas una realidad única, esto parece pasar desapercibido a veces. A la pregunta "¿Cree Ud. en Dios?", lanzada a boca de jarro a Rendón Willka, en *Todas las sangres*, éste responderá en primer lugar con otra interrogante, "¿cuál Dios será?" (TS 411). No es una evasión, es una precisión. Más abajo, conforme continúa la discusión, al ver la forma cómo los hacendados explotadores usan el nombre de Jesucristo, al que su interlocutor se refiere como aquel "que amaba a los pobres y murió en la cruz por ellos", volverá a preguntar casi con irritación "¿Cuánto Jesucristo hay?" (TS. I.c.).

Me encanta pensar en el grande y divino Twain. Es, a mucha distancia, el hombre más importante que tenéis a vuestro lado del océano. No lo olvidéis. Cervantes fue pariente de él.

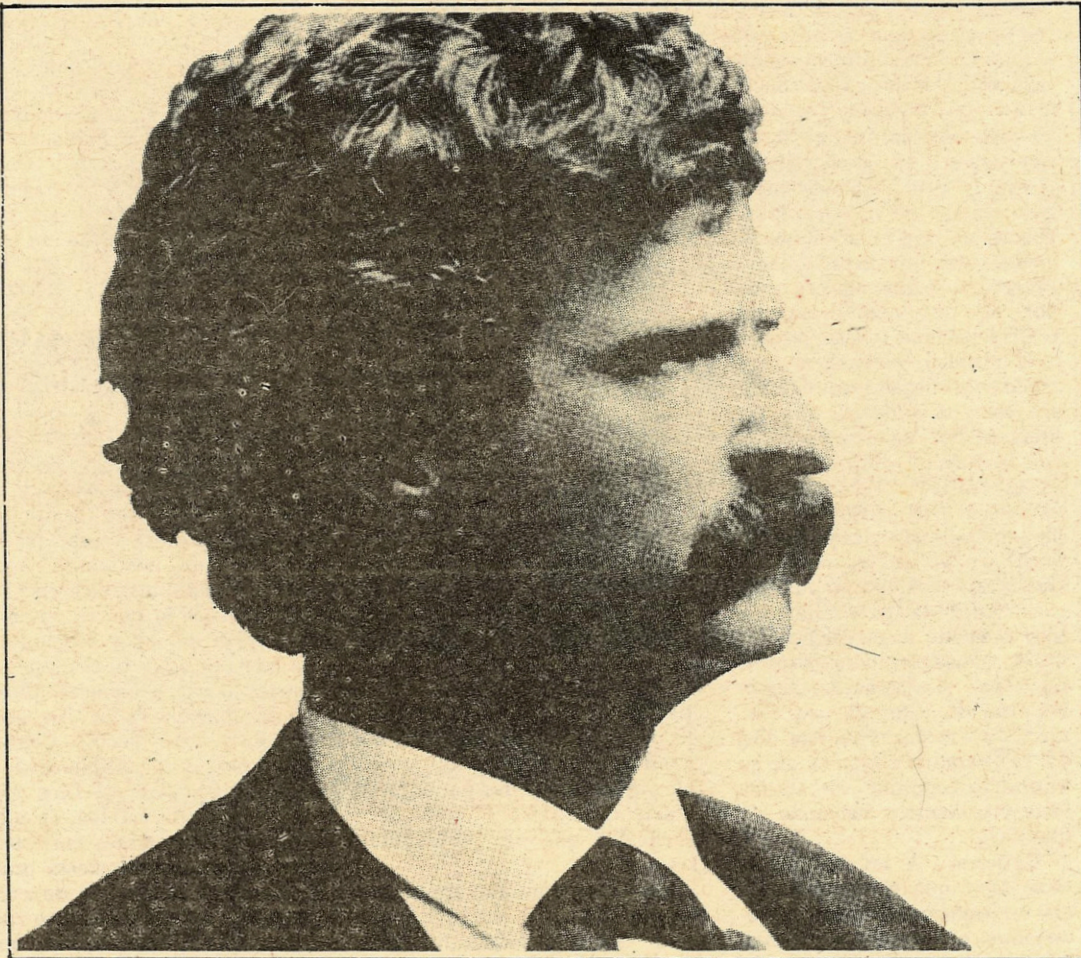
Rudyard Kipling en carta al editor Doubleday, octubre de 1903.

¿Por qué se ha producido una nube tan grande de ambigüedad y algo más que una sospecha de censura en algunas partes de la obra de Mark Twain? ¿por qué su carrera literaria total ha sido fuente de desacuerdos y distensiones críticas desde el principio hasta hoy?

Durante su vida, sólo un pequeño grupo de artistas clarividentes, entre ellos William Dean Howells en los Estados Unidos y, curiosamente, Rudyard Kipling en Inglaterra, establecieron la afinidad de Twain con Shakespeare y Cervantes. La mayoría de los críticos académicos y profesionales pensaban que Twain era vulgar, rudo y sin originalidad, un humorista popular cuya fama no le sobreviviría. Pero es difícil mantener en la insignificancia a un hombre valioso o silenciar a un gran artista o, más sutilmente, trastocar sus valores. Podemos recordar que *Las aventuras de Huckleberry Finn* fue recibida con un tumulto de crítica desaprobación y prohibida en algunos casos por sus enseñanzas "inmorales"; debemos sospechar que parte de ello se debía a los jóvenes héroes del libro: Huck, el hijo del borracho del pueblo y primer rebelde social de la literatura norteamericana, y Jim, el esclavo negro y primer héroe negro de la literatura de Estados Unidos. Mark Twain fue un gran crítico de los males de nuestra civilización. Las relaciones del dinero, las enormes y potentes corporaciones del capitalismo financiero, la pompa y el poder como medios y fines de la existencia humana, las crecientes ambiciones territoriales y el abierto imperialismo de una potencia mundial en proceso ascendente... nada de esto gustaba a Sam Clemens. Por una ironía de la historia, el movimiento estudiantil norteamericano de la década del sesenta, tanto entre los abogados de la peregrinación, de los derechos civiles en el sur, como entre los participantes en la protesta contra la guerra de Vietnam, descubrieron la enorme importancia actual de Twain: él pronunció palabras de fuego, de acusación social condenatoria, de magnífica y punzante sátira social contra las lacras de nuestro tiempo.



Twain nació en una aldea llamada Hannibal, él hizo de esa pequeña ciudad fronteriza de casas de madera y ladrillo, calles fangosas y esperanzas desengañadas, uno de los lugares míticos del mundo de la ficción cuando creó dos niños inmortales —Tom Sawyer y Huckleberry Finn— y les dio como reino la aldea de Hannibal y



Mark Twain (Samuel Clemens, 1835-1910).

Mark Twain La condición humana y la risa

Morton Dauwen

Mark Twain, el antiguo piloto fluvial del Misisipí, el impresor ambulante de libros, minero en los filones de plata, millonario impredecible, periodista, trotamundos, juerguista borracho, este auténtico vagabundo y aventurero cuya vida de juventud y verdadero espíritu no eran muy distintos de los de la vagabundez despreocupada de Charlie Chaplin, dio al mundo una de las obras de ficción más hermosas y auténticas de la historia.

las aguas del Misisipí. Esos niños han figurado durante cerca de un siglo entre los héroes favoritos de la Odisea norteamericana de los *pioneers* y los dioses más recientes y encantadores de la inocencia y el heroísmo primitivos de América. Aparecieron un momento antes de que esos dioses comenzaran a desvanecerse a la luz de la vulgaridad de la época moderna, de hechos, máquinas y realidades. Son, quizá, los últimos vestigios auténticos del espíritu primitivo de que pudo gozar el pueblo de los Estados Unidos, y ocupan tronos seguros en la mitología norteamericana.

La misión de Mark Twain fue ruda y dramática. Se le encomendó la tarea de escribir la epopeya popular, no sólo de la emigración norteamericana hacia el Oeste, sino también del desarrollo del pueblo americano al pasar de la infancia y la inocencia a la madurez y la expe-

riencia. Recibió esa misión directamente de sus antecesores inmediatos. Su epopeya se resumió en los acontecimientos y las circunstancias de su propia vida.

HANNIBAL, PEQUEÑO COSMOS

De niño Twain asistió a la escuela de la ciudad ribereña de Hannibal, pero poco después de la muerte de su padre abandonó toda nueva esperanza de seguir instruyéndose y se hizo cargo de su primer empleo como impresor de un diario local, *El Correo de Missouri*. "Me hice impresor y comencé a agregar un eslabón tras otro de la cadena que iba a llevarme a la carrera literaria". Dos años después él y su hermano crearon un diario rival, el *Western Unión*, y luego, cansado de ese trabajo, Sam "huyó" y se puso a trabajar por su cuenta. Lo ro-

deaba la frontera abierta y el gran río corría hacia su centro. "Hannibal era una ciudad fluvial y el Misisipí carecía todavía de cartas de navegación y de ley, estaba todavía infestado en alto grado por gentes de mala vida. En las calles que daban al río se amontonaba la resaca humana, y el activo niño, siempre alerta para la aventura, veía únicamente personajes fronterizos de todas clases: piqueros, aventureros de río, jugadores, esclavos fugitivos y todos los elementos de la ola de emigración hacia el Oeste. En todas partes un espectáculo de brutalidad, asesinatos cometidos ante los mismos ojos del niño, hombres asesinados, pelotones armados para capturar a los negros escapados, ejecuciones. La pequeña ciudad era un microcosmos, en el que todos y todo eran conocidos con intimidad. Y sobre ello una atmósfera de inquietud, de indi-

vidualismo sin freno, de aventura; pues frente a todo ello y dominándolo todo corría el poderoso río, 'El Misisipí de una milla de ancho', con sus horizontes misteriosos de los cuales llegaban los grandes vapores y en los cuales se desvanecía", así describe un cronista el mundo del joven Twain. Durante los cuatro años que ejerció Mark Twain el oficio de impresor errante, el río no se borró un instante de su memoria.

Su trabajo de periodismo errante había llevado al joven a las ciudades del Este: vio Nueva York, Filadelfia, Washington y Cincinnati; en cierto momento se decidió a tomar un barco en Nueva Orleans y dirigirse a América del Sur para hacer su fortuna en el Brasil, a lo largo de los ríos Amazonas y Orinoco.

PRIMEROS PASOS

A su regreso volvió a ejercer el periodismo en un diario llamado *The Morning Call*, donde conoció al escritor que iba a influir en él en un momento decisivo. Era Bret Harte. Twain dijo más tarde: "Bret Harte... me pulió, disciplinó e instruyó pacientemente hasta que me transformó de un torpe preferidor de chistes soeces y grotescos en escritor de párrafos y capítulos que han encontrado cierto favor aun por parte de algunas de las personas más decentes del país. En esa época viaja a San Francisco, donde descubre en sí mismo un nuevo talento para dar conferencias en el estilo general de los bufones populares corrientes.

Al poco tiempo lo encontramos subiendo a bordo de un vapor del Atlántico, el *Quaker City*, para hacer su primera excursión a Europa y la Tierra Santa. Cuando regresó a América en 1868 tenía listo para la publicación su primer libro, *Inocentes en el exterior*. En 1870 se casó con Olivia Langdon y comenzó a vivir y trabajar en el Este. En 1871 se publicó su segunda obra, *Pasando trabajo*. Estos dos libros recorrieron el país. Hicieron famoso el nombre de Mark Twain. Le abrieron ampliamente el camino para una carrera literaria provechosa.

Las obras principales de Mark Twain pertenecían todavía al futuro, pero el hombre que se decidió a vivir una vida de casado en el Este en 1870, a la edad de treinta y cinco años, era un hombre distinto del colonizador del Misisipí y el Pacífico. Hasta 1870, Twain había vivido el papel de habitante del Oeste y aventurero. Desde entonces desempeñó ese papel ante los públicos entusiastas de América y Europa. Hasta 1870 Mark Twain había formado parte de la frontera. Desde entonces en adelante se convirtió en su historiador y su gran artista.

El primer reconocimiento de Mark Twain como gran escritor no procedió de la misma Norteamérica, sino de Europa. Mientras los norteamericanos "incluían todavía a Mark Twain entre los autores cómicos labo-

riosos como Artemus Ward", fue el crítico inglés sir Walter Besant "el primero que se atrevió a ponerlo en el lugar que le correspondía, junto a Swift, Cervantes y Molière", como un hombre que elevó el humorismo norteamericano del nivel de la sabiduría filosófica y de la vida nacional americana, al nivel de la visión universal del destino humano. Alcanzó esa clase particular de triunfo en sus dos momentos de inspiración supremos: en 1876 con *Las aventuras de Tom Sawyer*, y en 1884 con *Las aventuras de Huckleberry Finn*. Estas dos obras, juntamente con su *La vida en el Misisipi*, captaron de una manera súbita e imperecedera, en su esencia más pura, el encanto de la infancia de Mark Twain en el gran río. Lo expresaron en una prosa de una sinceridad completamente natural e inspirada. Y consiguieron transmutar tan perfectamente el espíritu de la infancia en la verdad del folclore porque armonizaron la ficción con la realidad, el placer con el peligro, y así alcanzaron la cualidad de todos los grandes mitos: la cualidad de la fidelidad simbólica a las realidades de la vida y del carácter humanos.

UNA SATIRA ADULTA

Entretanto, las ambiciones literarias más serias y sistemáticas de Mark Twain se manifestaban por medio de una constante producción de libros. *La edad de oro*, de 1873, tiene un título incomparable, no sólo en lo que representa a su portada, sino también a la época que satirizaba: "toda una época que había comenzado a darse cuenta recientemente de los enormes recursos del continente y estaba enloquecida hasta el ridículo con la fiebre del deseo de riquezas súbitas". En 1882 publicó Mark Twain su primera novela histórica, *El príncipe y el mendigo*, que pretendía ser un relato para niños, pero que rebosaba una sátira adulta. Algunos años después, en 1889, publicó otra fábula con el mismo tema: *Un yanqui en la corte del rey Arturo*. "Mi propósito —dice Twain— ha sido agrupar algunas de las leyes más odiosas que estuvieron en boga en los países cristianos durante los ocho o diez siglos pasados. Nunca hubo una época en que América aplicase la pena de muerte en más de catorce crímenes. ¡Pero Inglaterra, en un periodo que recuerdan los hombres que todavía viven, tenía en su lista de crímenes doscientos veintitrés que eran castigados con la muerte!"

En seguida, para demostrar que podía hacer lo mismo en serio, Mark Twain se puso a trabajar en uno de sus proyectos más importantes: *Recuerdos personales de Juana de Arco*; en esta historia (1896) de la Doncella de Orleans, Twain hizo otra incursión en los derechos y títulos sagrados de la historia. Presentó a Juana de Arco como la víctima de un sistema social y moral tan podrido como el mismo infierno, y se trataba

de un sistema que involucraba a toda Europa. La Juana de Twain es el equivalente de los engañados por el destino y víctimas del mal que encontramos también en las novelas de Melville y Henry James; Twain la utilizó para censurar a una tradición que temía y odiaba. Pero en la época en que escribió su libro sobre Juana de Arco tenía que temer a algo más que la historia o la tradición. Temía la locura y la estupidez incurables de la humanidad misma, su buena voluntad para ser la víctima del mal y la conspiración corrompida. El entusiasmo original de su temperamento sufría la reprobación y la reversión inevitables de las duras realidades del mundo. Dudas desastrosas ensombrecieron su mente.

Eran también los años en que su temor a la vida y el disgusto que ésta le producía comenzaron a expresarse en escritos más siniestros que sus sátiras sobre Europa o la Edad Media. Su misantropía halló eco en su folleto *¿Qué es el hombre?*, en el que describe al hombre como un mero autómatas, sin opción en lo que se refiere a su nacimiento o a todo impulso, pensamiento o acción, buenos o malos; como la víctima de un determinismo que no puede comprender. Escribió el cuento titulado *El corruptor de Hadleyburg*, 1900, en el que demostró cómo toda la base de la sociedad y la decencia en cierta ciudad puede ser destruida por el egoísmo instintivo y la codicia que hacen a todos los hombres hermanos en el latrocinio y en la hipocresía. En 1898 escribió el extraño cuento *El extranjero misterioso*, la historia de unos niños que viven en una pequeña aldea de Austria en el siglo XVI y a los que se les une de pronto un compañero de juegos sobrenaturales llamado Philip Traum, que es realmente el diablo. Pero este diablillo demuestra ser la bondad misma comparado con los habitantes de la aldea, y con su superstición, su cobardía y su crueldad, que hacen de la naturaleza humana "un museo de enfermedades, un hogar de impurezas".

LA SATIRA DE LA RAZA HUMANA

No obstante, esta forma de ver el mundo y a los hombres, quizá fue el rasgo más secreto, la cualidad insegura de la personalidad de Mark Twain, lo que le hizo pasar los límites del humorismo convencional y de la literatura cortés y le permitió hacer, en sus mejores páginas, lo que han hecho los supremos humoristas del mundo: Aristófanes, Cervantes, Rabelais, Molière, Gogol y Dickens; la que le permitió utilizar el humorismo como un camino que conduce a través del sufrimiento y la tragedia al empíreo de la alegría y la verdad que existe más allá de la tragedia, y más allá del mal, en el cielo de la mente humana. Mark Twain no podía soportar el tedio de la realidad y su sátira final expresa su disgusto al verse obligado a ponerse de

acuerdo con una época en la que parecían haber desaparecido el heroísmo y el coraje personal. Su desilusión final era la acción refleja del colosal individualismo que había convertido en un ideal la América de su juventud y estimulado la frontera como el principio moral de la sociedad. Cuando desapareció esa frontera, Mark Twain se quedó sin su propio cosmos. Sobrevivió como una reliquia de una era desaparecida. Era festejado y adorado por un gran público internacional. En su ancianidad se convirtió en una especie de santo popular de la literatura norteamericana. Todavía no tenía rival en la tribuna de conferencias. Ostentaba sus vestimentas lla-

mativas con todas las artes de un actor; y en su ancianidad se vestía habitualmente de blanco y recorría de un lado a otro las calles de Nueva York con su jactancia acostumbrada. La Universidad de Yale lo nombró doctor en Literatura en 1901. Cuando falleció en 1910, su amigo y editor William Dean Howells escribió un tributo a su memoria: "Con una naturaleza más rica y fértil que cualquiera que he conocido nunca, con el material que le dio el Misterio que hace a un hombre y luego deja que se haga a sí mismo de nuevo, forjó un carácter muy noble sobre un ciemiento de verdad clara y sólida. Es inútil que yo trate de dar una

idea de la intensidad con que penetró en el corazón de la vida y la amplitud de visión con que abarcó el mundo entero y buscó la razón de las cosas, y luego dejó de buscarla. La última vez que lo vi vivo fue memorable para mí por el modo bondadoso, claro y juicioso con que explicó y justificó a las organizaciones obreras como la única ayuda con que cuentan los débiles contra los poderosos". Este fue el itinerario de Mark Twain, este "contemporáneo del futuro" en el sentido de que dio a sus discípulos una civilización que deben respetar y una norma artística que deben honrar.

La raza anglosajona

Mark Twain

Para bien o para mal continuamos educando a Europa. Llevamos ya en el puesto de instructores más de un siglo y cuarto. No se nos eligió para él. Simplemente lo tomamos. Pertenece a la raza anglosajona. El pasado invierno en el banquete anual de esa organización que se llama a sí misma *The Ends of the Earth Club*, el presidente, oficial de alta graduación, retirado del ejército regular, proclamó en voz alta y con fervor: "Pertenece a la raza anglosajona, y cuando el anglosajón quiere algo simplemente lo toma".

Esta afirmación fue aplaudida frenéticamente. Había quizá hasta setenta y cinco civiles y veinticinco miembros del ejército y la marina presentes en aquella ocasión. La expresión de la admiración tormentosa de aquella gente duró casi dos minutos. Y mientras tanto el inspirado profeta que había evacuado tan gran sentimiento —de su hígado, sus intestinos, su esófago o de donde lo hubiera gestado— permanecía de pie, satisfecho, radiante, sonriente y emitiendo rayos de felicidad por cada uno de sus poros, rayos tan intensos que resultaban visibles y le hacían parecer la vieja figura del almanaque que representa a un hombre esparciendo signos del zodiaco en todas las direcciones. El orador permanecía tan absorto en su felicidad, tan inmerso en su dicha, que sonreía y sonreía olvidado totalmente de que se hallaba penosamente, peligrosamente roto y desbarbolado en medio de la mar en necesidad inmediata de recoger sus velas.

El gran dicho del soldado, interpretado según la realidad que su autor puso en él, significaba en lenguaje llano: "Los ingleses y los americanos son ladrones, bandoleros, piratas y nosotros nos sentimos orgullosos de pertenecer a esta combinación".

Ni uno sólo de los ingleses o americanos allí presentes tuvo honor ni valor suficientes para levantarse y decir que se sentía avergonzado de ser anglosajón y avergonzado también de ser miembro de la raza humana, ya que esta raza debe soportar sobre sí la presencia de la infección anglosajona. Yo no podría realizar semejante función. No puedo permitirme perder los estribos ni hacer una exhibición pudibunda de mí mismo y de la superioridad de mi ética para poder enseñar a esta clase de infantes, honestamente, los rudimentos de este culto, porque no serían capaces de comprenderlo. No serían capaces de entender.

Fue sorprendente ver aquella explosión de entusiasmo, infantilmente franca, honrada y alegre con ocasión del comentario mefítico del profeta soldado. Tenía el sospechoso aspecto de una revelación, un sentimiento secreto del corazón nacional sorprendido al expresarse y exponerse por un accidente impredecible, porque constituía un montaje representativo. Todos los principales mecanismos que constituyen la máquina que arrastra y vitaliza la civilización nacional se hallaban allí presentes —abogados, banqueros, comerciantes, fabricantes, periodistas, políticos, soldados y marinos—, todos están allí. Parecían los Estados Unidos en torno a una mesa de banquete, cualificados para hablar por toda la nación con autoridad y revelar la moral privada de ella a la vista pública.

La bienvenida inicial a aquel extraño sentimiento no era una traición aturrida de la que la reflexión les haría arrepentirse. Esto quedó bien patente por el hecho de que cuando quiera que, durante el resto de la velada, un orador caía en la cuenta de que se deslizaba hacia el aburrimiento o la falta

de interés, no tenía más que inyectar aquella gran moral anglosajona en medio de sus tópicos para hacer estallar de nuevo la alegre tormenta. Después de todo se trata única y exclusivamente del exhibicionismo ante la raza humana. Y ha sido siempre un rasgo peculiar de la humanidad el tener en reserva dos tipos distintos de moral: la privada y real y la pública y artificial.

Nuestro tema ante el mundo es "confiamos en Dios", y cuando vemos esas palabras de gracia acuñadas sobre un dólar de mercado (que vale apenas sesenta centavos) parece siempre que se estreman y sollozan de piadosa emoción. Ese es nuestro tema público. Y transpira la realidad de nuestro tema privado, que es: "Cuando el anglosajón quiere algo simplemente lo toma". Nuestra moral pública queda emotivamente expresada en ese otro tema noble y, sin embargo, suave y amable que indica que somos una nación de hermanos multitudinarios, generosos y amables, unidos en uno —*e pluribus unum*—. Nuestra moral privada encuentra su guía en la sagrada frase: "Venid, caminemos con alegría".

De la Europa monárquica importamos nuestro imperialismo y nuestras curiosas nociones de patriotismo —es decir; si es que tenemos algún principio de patriotismo que alguien pueda definir precisa e inteligiblemente. Entonces es justo sin duda que instruyamos a Europa, a nuestra vez, en retorno por estas y otras clases de enseñanzas que de tal fuente hemos recibido.

Hace algo más de un siglo dimos a Europa las primeras nociones de libertad que jamás había tenido; mediante ellas felizmente y en gran parte contribuimos a la Revolución Francesa y reclamamos una parte de sus beneficiosos resultados.



Pese a que la producción teórica feminista más seria es la norteamericana, indudablemente el movimiento

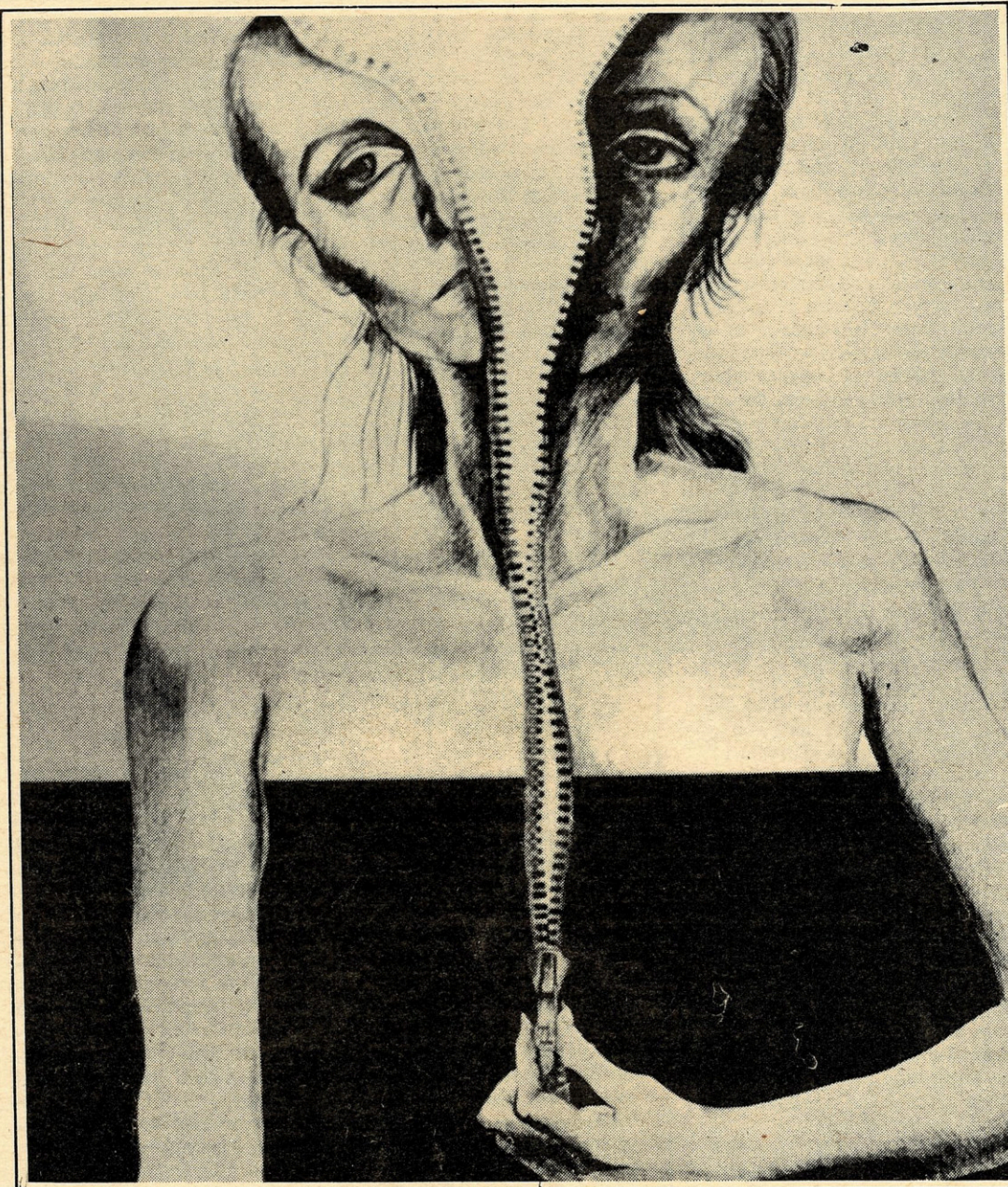
—como lo llaman las italianas— fue en la práctica la expresión más descollante del nuevo feminismo. De otra manera no se explica cómo el movimiento se convirtió en el eje fundamental del enfrentamiento con estructuras sumamente conservadoras y jerarquizadas como las que presentan las instituciones italianas, arrancando, por ejemplo, la legalización del aborto, en un país que se precia tanto de su catolicismo.

Además de la multiplicación de los “colectivos” —pequeños grupos feministas—, con el impulso del movimiento se publicaron innumerables revistas y hasta un cotidiano. Se editaron también densas teorías feministas en libros pulcramente cuidados e historias de las mujeres en el mundo, desde las brujas hasta las partisanas, en un intento de recuperación de la historia femenina, tácitamente negada por la historiografía oficial.

Los intelectuales italianos —y las feministas teóricas no son una excepción— adolecen generalmente de una tentación ideologizante, que rarifica las ideas, crea palabras con alegre licencia a lo Coseriu y reproduce un código estrecho, casi parroquial. Así, la terminología feminista en Italia, además de los conceptos clásicos como “autonomía”, “emancipación”, “liberación”, “público-privado”, más o menos universales en esta nueva secta, ha agregado una innumerable lista de palabras con connotación muy precisa, para ellas: circularidad afectiva, jaque u otras intraducibles al español como *estranità*.

La clientela del feminismo en Italia no se diferenciaba de aquella que congrega en otras latitudes: empleadas, profesionales, estudiantes universitarias, militantes de partidos de izquierda, algunas mujeres de la vanguardia obrera; en resumen, pequeña burguesía; el espectro de edad cubría entre los dieciocho y los cuarenta (por poner un promedio). El feminismo se arraigó en las ciudades importantes pero no pudo extenderse al sur de Roma; el “meridione”, Nápoles con su *camorra* y Sicilia con su mafia, no fueron un centro de difusión ni de atención para el nuevo feminismo. De alguna manera, esto contribuyó a que, en los años siguientes de la ebullición, el movimiento se concentrara en un agotador juego de teorización sobre la teoría, en un envenenamiento de la palabra.

Surgido también, como la nueva izquierda, de la agitación estudiantil del 68, el feminismo no podía abstraerse de una lenta declinación del ánimo revolucionario ni de la erosión de los principales partidos de la izquierda *extraparlamentaria*, la izquierda del PCI. Más aún, algunos ex-militantes del partido Lotta Continua, por ejemplo, acusan



Feminismo: ¿balance y liquidación?

Maruja Barrig

Tuvo épocas “gloriosas” el feminismo italiano. Decenas de miles de mujeres movilizadas en las plazas, presionando por la ley del aborto y del divorcio. Canciones, consignas (“Tiemblen, tiemblen, las brujas han regresado”), hasta su propio *cuerpo de choque* en las marchas: mujeres con palos listas a defender su mitin de las agresiones *chauvinmachistas* y de todo hombre que se acercase, con buena o mala fe.

todavía a las militantes de haber acelerado la ruptura partidaria, al insistir en un congreso a que se considerara a las mujeres como una categoría de clases y oponerse, como bloque, a todo intento de jerarquización, implícito en el diseño de la organización. Hasta Rossana Rossanda recuerda con amargura cómo las mujeres que trabajaban con ella en *Il Manifesto* despoblaron su redacción para hacer su organización feminista, acusándola de “emancipada masculinizante”.

Como es claro, como todo movimiento surgió coyuntural

y casi generacionalmente en una época muy precisa, el feminismo no pudo abstraerse de la realidad política de toda una generación italiana. Y aunque me aseguraron que el movimiento era eso, un *movimiento* y por lo tanto no tenía principio ni raíces en la realidad inmediata y no tendría tampoco final, lo cierto es que ya en el año 79 las librerías de la mujer languidecían por falta de clientes y de nueva producción editorial.

Indudablemente, en sus años de mayor agitación el movimiento había conseguido algunas conquistas no sólo en el terreno

legal, sino también un lento cambio en la conciencia de las gentes, en la modificación y humanización del italiano joven que, al menos en los ambientes intelectuales y de izquierda, se había distanciado bastante de esa imagen de latino seductor y machista, tipo Lando Buzzanca, permeabilizándose a las nuevas propuestas. Una prueba palpable de que las reivindicaciones feministas habían calado en amplias capas de la población se dio el año pasado, cuando los movimientos anti-aborto llevaron hasta el referéndum la derogatoria de la

legalización del aborto y fueron derrotados. Esto último, pese a que poquísimos días antes el papa —principal detractor del aborto legal— fuera herido en la Plaza de San Pedro, pudiendo por razones emotivas poner un golpe casi publicitario en la balanza y con la confesión de las feministas que declararon que no “habían hecho casi nada” de propaganda para que el resultado favoreciera la permanencia de la ley.

LA SINTESIS DE UNA EXPERIENCIA

Si hace unos cuatro años las aguas feministas parecían haberse aquietado, desaguando en el desánimo general que recorría los sectores de izquierda, este año se llegó a la síntesis de la experiencia. En la librería de la mujer de Milán —la más importante en toda Italia— se encontraban ya varios volúmenes dedicados a las “historias” del feminismo en la década pasada. A este signo, tácitamente de un ciclo que se intuye cerrado, respondía también el intento de los colectivos de hacer una evaluación de las experiencias generales y personales en su relación con el movimiento.

Contradiendo esta imagen de un feminismo desgajado, “autónomo” de la realidad inmediata, el mismo intento de resumen, balance y —como se verá más adelante, autocrítica— estaba presente en el tono de los principales líderes de los núcleos armados italianos. Con una especie de amnistía transitoria, el Poder Judicial italiano había creado la figura de los “arrepentidos”, que rebajaba la severidad de las penas del guerrillero que se entregaba o que estaba preso, a condición que delatara los nombres de sus compañeros. Simultáneamente apareció la figura del “disociado” para quienes habiendo intervenido en acciones armadas las rechazaban públicamente como un método revolucionario.

Con cifras que bordean los cinco mil presos políticos (algunos militantes de izquierda, de los pocos que quedan, aseguran que llegan a los diez mil) se podría decir que las acciones de las Brigadas Rojas y Primera Línea, los principales grupos armados, se han reducido considerablemente. Ahora es posible leer en documentos públicos cómo los principales dirigentes de esos núcleos armados reconocen que se equivocaron en su evaluación de las “condiciones objetivas” y llaman a luchar por la revolución en el terreno legal, que hace diez años era la razón para estigmatizar al resto de la izquierda. Todo esto lo hacen, además, soslayando la inmensa responsabilidad que recae en los grupos armados cuyas acciones determinaron en gran medida el estrechamiento de los márgenes democráticos donde se desarrolló la izquierda extraparlamentaria, la misma que terminó atezada entre la conciliación del PCI y la intransigencia ultraizquierdista de las Brigadas Rojas. (Una

historia que a nosotros debería sonarnos familiar).

Así como la prensa feminista ha casi desaparecido, salvo *Il Manifesto*, atestado de conflictos internos y problemas económicos, los otros diarios de izquierda dejaron de circular; incluso *Il Male*, una especie de Monos y Monadas, que tiraba cien mil ejemplares semanales hace unos años, es ahora una pieza de colección. Hoy cientos de militantes y dirigentes de esa izquierda simpática y heterodoxa hablan ya del fracaso del modelo (mientras citan Polonia y Afganistán), de la impropiedad de la estructura leninista de partido y se han alejado hasta de la lectura de los periódicos, como parte de ese fenómeno que hace cuatro años se llamó "El regreso a lo privado": preocupación por la pareja y los hijos, el deporte, el budismo Zen, los alimentos integrales y también el hashish y, de vez en cuando, un tiro de coca, cuyo precio rebasa los cien dólares gramo. Sería demasiado largo —y además no viene al caso— intentar un análisis de las causas del agotamiento de la izquierda italiana, lo cierto es que ni el ecologismo, como en Alemania, ni los Comités de Solidaridad, como en Francia, han reemplazado un accionar político que movilizó a cientos de miles de personas hace una década.

Sin descontar sus méritos ni ocultar sus excesos, lo mismo podría decirse del movimiento. Ya hace cuatro años, Manzella, una feminista lúcida y empeñosa, me confesaba su frustración porque a pesar de su capacidad de convocatoria y movilización, el feminismo en Italia "no había arañado al poder". Como

tantos otros italianos de su generación que optaron por África o América Latina, Manzella se fue el año pasado a trabajar a Nicaragua.

Y LA AUTOCRITICA LLEGO

En enero de este año, el movimiento que parecía larvado se agitó. La librería de la mujer en Milán, que edita una revista —sería más preciso llamarla folleto— "*Sottosopra*" (Abajoarriba), publicó un fascículo especial con el título "Más mujeres que hombres" y que cumplió, por los efectos en la militancia feminista, su clara intención convocadora.

En resumen, el documento dice algo así como "basta ya de hipocresías" o "basta ya de coartadas". El problema de las mujeres hoy ya no es el de la discriminación sino la inseguridad personal femenina de entrar directamente a competir en un mundo de hombres. Las mujeres quieren vencer en el campo laboral o profesional, en la política y la vida cultural, pero temen perder su identidad y temen el "jaque". Los colectivos y el feminismo han servido de coartadas para impedir esta realización de la mujer y el desmascaramiento de su miedo.

Como es de suponer, el fascículo renovó los bríos: se hicieron programas especiales por Radio Popolare de Milán, réplicas y añadidos aparecieron en los periódicos y se organizaron encuentros feministas para discutirlo. "El jaque —dice el documento— resalta sobre una experiencia difusa de desagrado, inadecuación, mediocridad. Puede no ser algo clamoroso, ge-

neralmente no se presenta como un fracaso clamoroso, sino como un impedimento, un bloqueo de las propias capacidades, fuente de ansia y de repliegues"... "No se trata de algo que nos lo impide desde el exterior. Pensamos y presentarnos como víctimas de discriminación antifemenina no significa más lo esencial de nuestra condición. Se corre el riesgo ahora de que eso se convierta en una cobertura".

Frente al constante discurso acerca de la discriminación en la teoría feminista, las italianas, superadas muchas de las trabas legales y sociales que les impi-



dieron su desarrollo personal, la eliminan como un objeto que entrapa su participación social. Y esto nunca se había puesto con tanta crudeza en negro sobre blanco.

Es cierto, dice el documento, que las mujeres que intervienen en el "comercio social" tienen siempre que hacer un *esfuerzo más*, cumplir muchos más requisitos que un hombre para ser escuchadas, pero la intuición de un hipotético fracaso congela las iniciativas y alimenta las coartadas. Para las editoras,

otro de los problemas de las mujeres de hoy reside en la desexualización de las relaciones a las que una mujer se ve obligada en su vida social, profesional y política. Frente a eso, el documento llama a "sexualizar las relaciones sociales", es decir, a asumir una identidad de mujer como parte de una integridad personal: "La sociedad no nos niega lugares, ni tampoco éxitos por el sólo hecho de ser mujeres. Y esto justamente porque el hecho de ser mujeres, en la afirmación social, es irrelevante y así debe resultar. Extraña existencia social la nuestra, de seres que no son hombres pero que no pueden ser mujeres".

Respecto a los colectivos y movimientos feministas, el fascículo de *Sottosopra* asegura que las mujeres tendemos a presentarnos "como seres humanos dominados de puras exigencias sentimentales" y que el movimiento, "aunque suscitando en muchas la voluntad de cambiar la propia vida y el deseo de vencer, al mismo tiempo ha dado cobertura a los jueguitos (sic) de la marginalidad y la emancipación. Los grupos de mujeres corren el riesgo de convertirse en el lugar de una autenticidad femenina aislada de la rutina social y de la implicancia en los comercios sociales... (con los grupos) el silencio del deseo y el saber de ser mujer no hace más que prolongarse. No le pone fin el separatismo feminista entendiéndolo como las mujeres por acá, con su especificidad, de allá la sociedad con la suya".

Si este conjunto de verdades hubiera venido de un pequeño grupo italiano, seguramente la revuelta que produjo no hubiera

sido significativa. El caso es que esto, que incluso muchas mujeres acá podrían considerar antifeminista, lo escribieron las mismas mujeres que hace diez años se oponían a la participación de mítines y marchas a favor del aborto, porque consideraban que ese estilo de lucha era "masculino". Eran consideradas las más "ultras".

El fascículo de *Sottosopra* emprende casi sin disimulo una campaña contra otro de los núcleos centrales del feminismo universal: la solidaridad entre mujeres. Insisten ellas que también ha sido una cobertura pretender que todas las mujeres somos iguales y no reconocer que unas pueden, dentro del movimiento, tener más capacidad de dirección o más conocimientos intelectuales en virtud de los cuales unas mujeres deberían *confiar* en otras, en la práctica de una contradicción que reconoce explícitamente la importancia de las "detestadas" jerarquías.

Curiosamente, las reacciones en los diarios y en los encuentros feministas eran de perfeccionamiento del documento, de consenso antes que de oposición, con la aceptación tácita de que se trataba de un balance, del fin de un periodo donde lo más valioso a rescatar, al margen de lo conquistado en años de movilización, era la urgente necesidad de crear la identidad colectiva de una nueva mujer. Y personalmente, podría repetir lo que le escuché decir a una feminista en uno de los encuentros convocados para la discusión del fascículo: "Primera vez que encuentro escrito algo que pensaba desde hace un tiempo".

Libros

Las cartas del Amauta

El destino de José Carlos Mariátegui estaba marcado por la polémica. El mismo nunca la rehuyó cuando se enfrentó a opositores de distinto calibre; y luego de su infausta desaparición su poderoso pensamiento se ha erigido por sobre todos aquellos que en algún momento lo combatieron o polemizaron con él.

El pensamiento de Mariátegui empero sigue abierto al tiempo... y a la polémica, aunque no tanto en sus planteamientos formales sobre política, estética, sociología, sino sobre sus actividades políticas concretas, pues de alguna manera su accionar en este terreno se proyecta hasta la actualidad y especialmente sobre quienes se reclaman sus herederos políticos. Es precisamente sobre este campo que gira la mayor parte del debate en lo que se refiere, por ejemplo, a la fundación del Partido Comunista Peruano.

No nos legó Mariátegui ningún texto explícito sobre el particular y en consecuencia,

aprovechando de ello, muchos han especulado sobre el signo del partido que fundó el célebre Amauta. La clave, entonces, estaría en su correspondencia privada, fuente inapreciable de información para quienes desean, de buena fe, acercarse a la verdad.

Es en este sentido que el último libro de Jorge del Prado, actual secretario general del Partido Comunista Peruano y senador de la República, abre nuevas posibilidades para tal estudio, pues en la correspondencia que se publica por primera vez se hacen referencias que ayudan a aclarar frecuentes malentendidos sobre una presunta diferencia entre el recién fundado Partido Socialista del Perú y la III Internacional.

Sin embargo, el volumen que nos entrega Del Prado no es solamente esto, pues a lo largo de la correspondencia que publica y glosa se descubren, o confirman, aspectos de la personalidad y el trabajo de Mariátegui y, sobre todo,

de su profunda honestidad y calidad humana. Se ha hablado, en efecto, de una presunta idealización del famoso pensador, pretendiéndose que se exagera. Una lectura a las cartas que se conocen ahora —así como de otras— permite ahondar en el conocimiento de su personalidad y de sus preocupaciones fundamentales.

Del Prado tuvo el privilegio de conocer personalmente a Mariátegui y aún más, de compartir trabajos de organización bajo su dirección con otros connotados líderes. Esto le permite una certera visión de aquel mundo familiar entremezclado con la política que rodeaba estrechamente a nuestro primer marxista. Es realmente significativo comprobar la preocupación constante (podríamos decir, casi una obsesión) de Mariátegui por la organización sindical, partidaria, por la propaganda, repartiendo responsabilidades a todos los que le rodeaban y respetaban. Reducido a la silla de ruedas,

su enorme capacidad de trabajo era en parte volcada a la correspondencia. El correo lo ponía en contacto con gentes de mucho más allá del necesariamente estrecho entorno limeño. Y así reclamaba, estimulaba, instruía a distintos correspondientes. De ahí, insistimos en la necesidad de observar con atención su epistolario, ya imposible de desglosar de sus escritos formales.

Justamente Del Prado revela que la Editora Amauta se apresta a publicar un Epistolario más extenso. Y también anuncia su empeño de culminar un libro titulado "Los años cumbres de Mariátegui", trabajo del que ha desglosado la parte correspondiente al epistolario para publicarlo ahora, en el volumen del que damos noticia.

La mayor parte de las cartas publicadas fueron dirigidas al pintor argentino José Malanca, esposo de Blanca del Prado (hermana del autor), quienes gozaron de íntima amistad con Mariátegui. Fue ella quien

conservó amorosamente la correspondencia. Figuran también cartas a Esteban Pavletich, Moisés Arroyo, Glusberg, etc. así como también algunas de presentación.

Podría interrogarse el lector de esta nota sobre la coherencia de un volumen que recoge cartas a distintas personas, fechas y coyunturas. Tal aspecto es salvado por Del Prado en la primera parte del libro explicando justamente la oportunidad de las cartas más importantes y brindándonos el contexto en que fueron escritas. Esta necesaria ilustración nos introduce cabalmente a la comprensión del porqué de aquellas cartas. En síntesis, un libro de lectura imposterizable para los mariateguistas. (Juan Gargurevich).

"Algunas cartas y glosas del Epistolario de José Carlos Mariátegui", Jorge del Prado, Ediciones Unidad, Lima, 1983, 102 pp.—

Cartelera

CINE CLUBES

Hoy domingo se exhibirán las siguientes películas: *El paraíso perdido*, de Abel Gance, Museo de Arte (Paseo Colón 125) 6.15 y 8.15 p.m. . . *Vida de Lenin*, de Mijail Romm, auditorio de Coostel 17 (Jr. Ayacucho 853) 7 p.m. . . *Los visitantes de la noche*, de Marcel Carné, en el YMCA (Av. Bolívar 635, Pueblo Libre) 7.30 p.m. . . *Alarido silencioso*, de Dennis Harris, en el auditorio Antonio Raimondi" (Alejandro Tirado 274) 6.30 y 9 p.m. . . La "Casa de amistad peruano-nicaragüense" con la finalidad de recaudar fondos para la visita de Ernesto Cardenal y Omar Cabezas a nuestro país, ha programado la proyección de *Alisno y el cóndor*, de Miguel Littin, en el auditorio de la Cooperativa "Santa Elisa" (Jr. Cailloma 824), los días lunes 11, martes 12 y miércoles 13 a las 3.30, 6.30 y 9 p.m. . . Cine-club "Antonioni" proyectará el martes 12 *El hombre de la isla*, de Vicente Escrivá y el jueves 14 *Bésame*, de Henry Decoin, en el Museo de Arte (Paseo Colón 125) 6.15 y 8.15 p.m. . . En el mismo auditorio y en el mismo horario, cine acción "Eisenstén" proyectará el miércoles 13 *El fin de la adolescencia*, de Vera Chytilova. . . Cine arte "Antonio Raimondi" (Alejandro Tirado 274, Lima) presentará el viernes 15 *Víctor Victoria*, de Blake Edwards y sábado 16 *Los compadres*, de Billy Wilder, a las 6.30 y 9 p.m. . . Cine-club "Melies" proyectará el sábado 16 *Yo acuso*, de Abel Gance, en el local del YMCA (Av. Bolívar 635, Pueblo Libre) 7.30 p.m.

GALERIAS

El jueves 14 se inaugura la *Primera exposición antológica de la literatura peruana* en la galería del Banco Continental (Tarata 210, Miraflores). Esta exposición incluye poetas, narradores y ensayistas del período denominado de iniciación de la literatura peruana. El editor de esta muestra es el Dr. José Antonio Bravo, e incluye autores como Chocano, Vallejo, Eguren, Mariátegui, Arguedas, Valdelomar y otros escritores que continúan su creación literaria hasta nuestros días. . . Jesús Venero continúa exponiendo en Petropéru su muestra titulada *Siete pinturas desesperadas y 30 del país de Maslín*. . . En la galería "Forum" (Av. Larco 1150, sótano, Miraflores), Iris Arregui expone, en la sala I, una serie de telas trabajadas y Tadeo Castro, en la sala II, presenta una muestra de dibujos. . . En la galería "Borkas" (Las Camelias 851, San Isidro) se inauguró la muestra de 18 cuadros de Vilma Miglio.



LAGARTO SENTIMENTAL

Sr.

Tomás Azabache:

Me da un poco de vergüenza tener que escribirle para comentarle un problema que tal vez para usted no tenga el dramatismo del de otros compañeros y compañeras que acuden a usted semanalmente en busca de ayuda. No estoy desesperada pero, sin embargo, a veces me invade el desasosiego. Por eso le escribo para exponerle mi caso. Soy una mujer treintona, pero bien conservada, que siempre ha simpatizado con la izquierda aunque sin militar en organización alguna. Por tal motivo, mis únicos contactos materiales con la izquierda se han limitado a votar por sus candidatos en las elecciones y a comprar, eso sí, *El Diario* todos los días. Sin embargo, como estaba sola —me refiero al aspecto sentimental— y un poco crecida, decidí que ya era tiempo de tener un compañero, y para eso no había nada mejor que buscarlo entre aquellos que compartiesen lo que sin pomposidad llaman algunos el proyecto histórico del socialismo. ¿Dónde y cómo buscarlo? Pensé inicialmente ir al "Baruch" (antes de que fuera clausurado) para ver si pescaba a un periodista de *El Diario*, pero una amiga me desanimó diciéndome que los sueldos de sus trabajadores eran bajos; no es que sea interesada, pero eso me desanimó. Luego se me ocurrió ir al Parlamento, pero también me dijeron que nuestros izquierdistas legales ya casi no se interesan por las bases, así que desistí. Cuando estaba sin brújula se me ocurrió pensar que yo pertenecía a esa abstracción que los dirigentes llaman las bases y que pese a que no estaba aún carnetizada debía buscar entre las bases a mi pareja.

PREMIOS DEVALUADOS

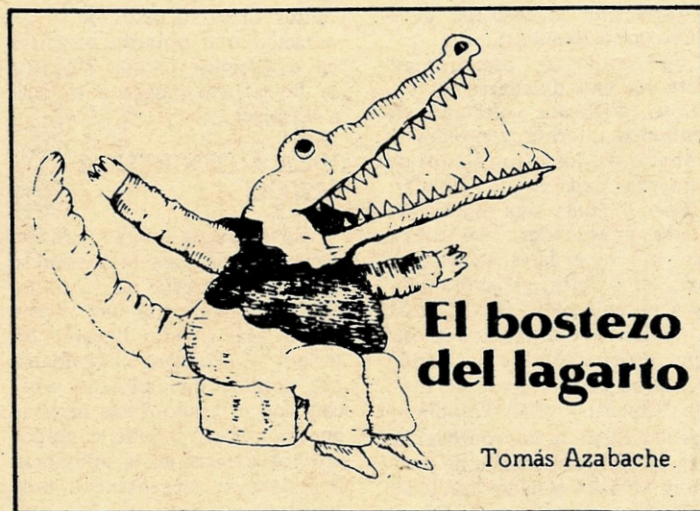
Hasta el 8 de mayo (Día de la Madre) ha sido postergada la entrega de premios a los ganadores de los juegos florales organi-

Tomada la decisión iluminadora, vino otro problema: ¿quiénes eran las bases?, ¿cómo reconocerlas? A veces en los micros he visto a chicos que leen *El Diario*, pero eso no garantiza que sean de izquierda porque tal vez estén leyendo el listín cinematográfico o la relación de farmacias de turno; para el caso tampoco servían aquellos que leen a Mariátegui o a Marx en los colectivos porque acaso sólo sean estudiantes de ciencias sociales, no necesariamente de izquierda. Opté entonces por lo más fácil y menos complicado: ir a las marchas y movilizaciones de Izquierda Unida. ¡Qué gran esfuerzo he hecho, señor Azabache! He tenido que gritar vivas y mueras indiscriminados, he tenido que soportar largos y monótonos discursos de infinitos oradores. Pero al fin, después de muchas equivocaciones, he conseguido pareja. Sin embargo, aquí comienza otra serie de problemas. El chico con el que estoy tiene, como yo, una vaga militancia en IU y no piensa, por ahora, carnetizarse. Esto no tiene importancia; lo que me preocupa son sus actitudes izquierdistas que poco tienen de románticas. Siempre se comporta como si estuviera polemizando en una asamblea o como si estuviera en el monte decidiendo una acción guerrillera importante. Cuando discutimos —él siempre busca la discusión— sus cargos son siempre con matiz político. Me dice, por ejemplo, antiunitaria, proimperialista, y lo peor es que los motivos de la discusión no tienen nada que ver con los adjetivos que me endilga. Yo ya me estoy aburriendo y me siento casi tentada de dejarlo y continuar mi busca en las bases, a ver si tengo mejor suerte y encuentro a alguien que no abuse tanto del gaseoso lenguaje izquierdista. ¿Qué me aconseja usted?

De las bases

● *Querida "De las bases": extraños caminos tiene el amor. Creo que la idea de ir a un mitin a buscar pareja fue precipitada. ¿Por qué no buscas mejor tu pareja en una peña folklórica o en un cine club?*

zados por la Federación Universitaria de San Marcos. El postergado acto, programado inicialmente para este viernes 15, se realizará siempre en el teatro "Segura" a las 8 de la noche.



¿KAFKA EN EL INC?

Borges definió lo kafkiano como la infinita postergación, la infinita frustración. Como van las cosas en el Instituto Nacional de Cultura (INC), parece que el estigma kafkiano rige los destinos de esa institución desde hace un buen tiempo. Por lo menos, en lo que atañe a la *Revista Peruana de Cultura*. Ya en otras ocasiones nos hemos ocupado de la odisea de esa publicación, dirigida por Ricardo Silva Santistevan, que desde octubre del año pasado permanece cautiva en los almacenes del INC. Como se sabe, el primer número de la revista entró en la imprenta en la época en que se encontraba al frente del INC la inepta dupla Tord-Loayza; cuando la edición estaba terminada, Silva Santistevan se encontró con la sorpresa de que la dupla Tord-Loayza había hecho un cambalache y modificado y agregado materiales que no habían sido previstos por los responsables de la publicación (entre estos cambios estaban la alteración de los créditos, la supresión de un poe-

ma de Pablo Guevara y la inclusión de 30 páginas que informaban de la "brillante" gestión de la dupla). Luego, la comisión reorganizadora que defenestró a la dupla dispuso que se arregle la revista tal como había sido concebida por su director; mientras se hacían los cambios pertinentes la comisión concluyó su trabajo y el historiador José Antonio del Busto asumió la dirección del INC. Así las cosas, y cuando la editorial del INC se aprestaba a lanzar la versión corregida de la revista, Del Busto, argumentando que los cambios se habían hecho sin consultarle, ordenó un nuevo cautiverio de la publicación. Total, la única edición hecha por el INC en los últimos años permanece guardada desde mediados de marzo, a la espera que la buena voluntad de Del Busto decida hacerla circular. Entre tanto, todo el esfuerzo intelectual y económico puesto en la *Revista Peruana de Cultura* corre el riesgo de perderse para siempre. Esperamos que este absurdo no ocurra.



LOS MUSICOS AMBULANTES

Escuchando el clamor de las bases que todavía no han visto el montaje, el grupo "Yuyachkani" continuará presentando durante el mes de abril *Los músicos ambulantes*, comedia de creación colectiva del grupo que integra el código de la música al teatro. Las funciones se realizarán en el local de la Escuela Nacional de Bellas Artes (Ancash 681), los sábados y domingos a las 8 p.m.



EL DÍA QUE ME QUIERAS

El día que me quieras, del venezolano José Ignacio Cabrujas, será estrenada el 15 de abril en el remodelado teatro "Arlequín" (Cuba 1130, Jesús María). El montaje corresponde al debutante grupo "Ensayo", y en él participan Alberto Iso-la, Jorge Guerra, Alicia Morales, Elide Brero, Mónica Domínguez, Gianfranco Brero y Víctor Prada; la dirección es de Luis Peirano. En esta obra, cuyo nombre tiene resonancias tangueras, la acción comienza un día de junio de 1935, en Caracas, cuando Gardel, después de hacer una presentación en el teatro visita la casa de una respetable familia, creando algunos problemas en las relaciones entre sus miembros. Las funciones serán de miércoles a lunes.

VALLEJO EN SILENCIO

Mucho debió pelear César Vallejo con las palabras para escribir sus poemas. Sin embargo, coincidiendo con el aniversario de su muerte, el grupo de mimo moderno "Plus ultra" ha puesto en escena un homenaje que consiste en la adaptación libre de 14 poemas de Vallejo (seguramente el curioso lector ya se estará preguntando cómo será la interpretación que un mimo puede hacer de "Los heraldos negros" o "Los dados eternos"), y que se presentará todos los viernes, sábados y domingos de este mes en la galería de arte "Andeamérica" (Dos de Mayo 1511, San Isidro, a la altura de las cuadra 15 de Javier Prado) a las 8 de la noche. Para los lectores que quieran satisfacer su curiosidad tenemos 50 entradas que regalaremos a quienes se acerquen a solicitarlas a nuestra redacción; los requisitos son: presentar un ejemplar de *El Diario* y solicitar la entrada con el lenguaje de los mimos.

ABRIL, MES DE LAS LETRAS

Por iniciativa del Banco Continental, y por primera vez en el país, se celebrará en abril el "Mes de las letras en el Perú", coincidiendo con un período en el que se celebran diversos aniversarios vinculados con destacadas figuras de nuestra vida intelectual (en abril nacieron el Inca Garcilaso de la Vega, Flora Tristán y Abraham Valdelomar, y fallecieron Garcilaso, Vallejo, Mariátegui y Eguren). El programa, que incluye variadas actividades, cuenta entre sus puntos más destacados la muestra denominada "Primera exposición antológica

de la literatura peruana", que se inaugurará el jueves 14 en la galería del Banco Continental, y una serie de conferencias en las que participará el destacado narrador chileno José Donoso. La primera conferencia la dará Mario Vargas Llosa el viernes 15 ("La novela en 'Los miserables' de Víctor Hugo"); el miércoles 20 Carlos Germán Belli disertará sobre "El surrealismo en la poesía hispanoamericana"; el lunes 25 se realizará el panel "Donoso habla sobre su novela", con la participación del narrador chileno y la de Antonio Cornejo Polar y Ricardo Gonzales Vigil; el ciclo concluye el miércoles 27 con la conferencia de Augusto Tamayo Vargas "Acerca de la poesía y los poetas". Todos estos actos se realizarán en el auditorio del Banco Continental (República de Panamá 3073, San Isidro) a las 7.30 p.m.

CANCIONES TRIVIALES

Alonso Ruiz Rosas y Dino Jurado fueron los ganadores en poesía y cuento, respectivamente, del I Concurso Juvenil de Literatura organizado por *El Diario*. En uso del premio, Dino Jurado viajará a España y Alonso Ruiz Rosas a Cuba. Para compensar en parte la diferencia de kilometraje, *El Diario* ha decidido incrementar los premios en el género de poesía; en virtud de esto, el poemario ganador, "Canciones triviales", será editado próximamente por nuestra empresa periodística con una tirada de mil ejemplares. Ruiz Rosas dejará de pertenecer entonces a las filas de los poetas inéditos y los lectores de poesía tendrán en sus manos buena poesía.

POESIA / ALONSO RUIZ ROSAS

UNA SEMANA LEYENDO A LOS POETAS LATINOS

*Junto al mar
agobiado por el tedio y el verano
encontré a los poetas latinos con
túnica blanca y sandalias
arrastrando un arpa por las playas
arenosas del Pacífico;
con ellos, con la alegría de tenerlos
aquí diciendo:
"Sicilianas musas, un poco más
alto cantemos"
recobré el perdido interés por el
verso
y uniéndome al grupo
caminé siete días por tus calles, oh
Lima.*

LA CIUDAD (cinco estrofas)

le cambiaría de nombre a la ciudad
para tener más cerca la felicidad
Ismael Rivera

*Estas calles labradas
demora uno en tenerlas repartidas;
tarda también en percibir la sombra
del tiempo que opacaba a las
familias,
y la perfecta soledad de un patio
donde se descomponen la mirada.*

*Tarda, como demora
el desmantelamiento de la agriura
que el furioso señor volcó en el
campo
y el alarife borda enceguecido.*

*No hay mar, pero los pobres
llegan como las olas y se instalan
en la seca pradera que los cactus
exprimen con antigua ceremonia.*

*El inmigrante llega, el par adjunto
detiene su mirada como un ave
en su maltrecho hombro y
desconfía;
como un cactus también él ha
buceado
en la caliente arena hasta el
resquicio
donde la escasa fuente aguarda
pura.*

*Su ceremonia es simple, su alimento
implica el sacrificio del labriego
y va cediendo el paso a la conserva.*

*El inmigrante, digo, entonces
va ocupando las plazas y amontona
su exangüe mercancía, cuando topa
con la familia y los problemas
varios
que la ciudad ofrece en su vitrina.*

*Así, ya contenido
se busca en la labranza de la calle
y la alta chimenea que adereza
el nuevo caserío, el barrio nuevo
la compañía del vecino, el trato
cordial del que madura y
permanece
como elevado árbol contemplando.*

*Gregario al fin, encuentra cada tipo
su manada propicia que confluye
con las otras manadas en la plaza
en los idus de agosto o de diciembre.*

*De sus viejas hazañas, por ejemplo
ciertos furtivos e ilustrados gatos
empiezan a vivir, que compartieron
oscura habitación y amargo trago:
hurgaban taciturnos los resquicios
y alcanzaban un astro fácilmente
cuando no se enturbian por el cielo.*

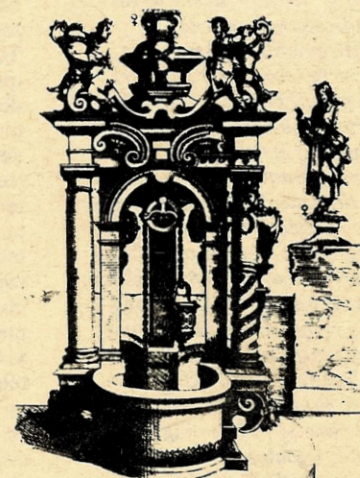
*Sus orígenes raros, sus palabras
alguna vez grabaron en el muro
(muro donde el muchacho se
recuesta
a ordenar diluidos pensamientos)
y si tuvieron repetida lluvia
que los guardó enclaustrados
conspirando
se divirtieron mucho.*

*Estuve adjunto
y enamorado estoy como en el
tiempo
que revolvió tarde, plaza y lacios
cabellos de mi pálida muchacha.*

*Ahora, complacido
con nuevas latitudes y distantes
encuentros; y asustado en ocasiones
por personales sustos y parientes
perdidos en la densa blanquería
de los antiguos muros*

*melancólico
afirmo en mi coraza
el muro es muro
el cielo aunque cobije en santa
bóveda
es puramente cielo, el habitante
es habitante en sufrimiento y goce.*

*Esta es mi ciudad, la conquisté
con mi silvestre tribu, la perdí
con mi torcido afán, con mi
canción
la recobré.*



Nació el 13.1.60 en Arequipa. Estudió en el colegio Max Uhle. Ingresó a las universidades San Agustín y San Marcos. Codirige la revista *Omnibus*. No tiene libros publicados.

EL SWING

Para algunos, totalmente errados, "swing" es sinónimo de jazz. Para otros el "swing" es el nombre de una escuela o época del jazz. Se ha acuñado la frase "Swing Era" (era del "swing"). Los segundos no andan tan descaminados. Sin concesiones ni benevolencia podría afirmar que están a medias acertados. Desde fines de la década del 20 (Fletcher Henderson, Bennie Moten, Cab Calloway) hasta más o menos a mediados de la década del 40 hubo, sí, una tendencia cuyos rasgos y frutos más visibles fueron el marcar los cuatro tiempos, la música saturada de "riffs" y las "big bands" (grandes orquestas). Entre estas últimas destacaron la de Benny Goodman (el famoso "King of Swing"), Duke Ellington, Count Basie, Jimmie Lunceford, Steve Allen, Bob Crosby, Bunny Berigan y cien más (las conocidas entre los aficionados como "territoriales" o, en español más asequible y castizo, "provincianas"). Pero el "swing" (oscilación, vaivén, balanceo/hamaca/columpio) es, antes que nada, y así lo han reconocido los más eminentes críticos, un elemento o ingrediente formativo e indispensable del jazz. Y la crítica francesa toda, tan llena de acuidad y maestra del matiz exacto, traduce el término "swing" por una frase que parece ser, no siéndolo en verdad, una aproximación sutil, un feliz circunloquio: "pulsación rítmica". El "swing" es, en buena cuenta lo que el pulso a la circulación de la sangre, el latido del corazón a la naturaleza humana, la respiración a la vida. Sin "swing" no hay jazz. Ciertos estudiosos van más allá, y enfáticamente declaran que en ciertas composiciones del jazz primitivo (Jelly Roll Morton y Joe "King" Oliver incluidos) el "swing" no aparece aunque se le rastree con linterna. Sin olvidar que en la década del 20 una pieza de Ellington llevaba por título Si no tiene swing nada significa. Ni la respuesta de Armstrong a una respetable matrona que le preguntaba sobre la esencia del "swing": "—Si Ud. no lo siente, yo no puedo explicárselo". El "swing" es, en verdad, impalpable, imponderable. Está o no está. Como el encanto, la saudade, el "chic", la magia del amor o el olor indefinible de la lluvia y el césped húmedo. Lo demás, y que me disculpe el estructuralista jazzístico André Hodeir, autor de un largo y enjundioso ensayo sobre la naturaleza en sí del "swing", es buscarle tres pies al gato. ¿Tuvo "swing" la apostilla? (Francisco Bendejú)



Que tenga interés suficiente para que un editor se arriesgue, que sea negocio seguro para éste, una serie de notas, con fabulaciones o no, escritas —con o sin ayuda— por alguien cuya vida no estuvo dedicada precisamente a escribir, habla del lugar especial que guardan las estrellas en el afecto de las multitudes. Si un científico famoso o un ingeniero famoso o un médico famoso escribieran sus memorias, posiblemente la circulación del libro estuviera restringida a una minoría especializada. El cine, en cambio, es de todos. Su poblada mitología, las leyes particulares de su mundo, las suposiciones sobre la intimidad de los grandes, atraviesa todas las capas sociales y puede florecer en Nueva York o la India.

Con toda esta introducción, debo agregar que desconfío bastante de esta moda. La que tiene que ver con las estrellas, especialmente. Una cosa es enterarse de cómo vivió y cómo vive o piensa un creador como Buñuel, otra muy distinta que cause el mismo interés lo que le suceda a uno de esos manipulables muñecos de carne que son los actores. Si éste fuera capaz de describir en profundidad y veracidad su experiencia, posiblemente se obtuviera un gran libro. Desconfío de esa posibilidad, sobre todo teniendo en cuenta la maraña de poderosos intereses que se mueven detrás de esos retratos prefabricados que canalizan las apetencias colectivas.

Con prejuicios suficientes, entonces, leí este libro escrito por Liv Ullman, (1) la actriz noruega asociada a varias de las películas más importantes de Ingmar Bergman, su compañera durante cinco años —durante los cuales, entre otras cosas, construyeron el refugio de Fåro, la isla árida y casi desierta donde Bergman se recluye cada vez que puede—. No se trata de una biografía convencional, aunque empieza contando el nacimiento (en Tokio, y con una enfermera que con sentimiento de culpa dice a la madre de Liv: "Es una niña ¿quiere que se lo explique yo a su marido?"), sino de unas cuantas anécdotas y reflexiones sobre ese universo especial del cine, y, muy particularmente, sobre la vida de una mujer, sola y con una hija, que busca permanentemente encontrarse a sí misma a través de su carrera y de sus relaciones personales.

Lo interesante de este libro, en cierto sentido anárquico pese a un cierto ordenamiento por temas que al fin se entrecruzan, es esa búsqueda constante de una verdad —la suya, y al fin y al cabo, también en esa búsqueda consiste escribir—. Contra lo que muchos pueden pensar, el libro no se dedica a Ingmar Bergman, aunque resulta fundamental su presencia. Liv tiene con el maestro sueco una amistad madura que sobrevivió a la ruptura conyugal, una profesión en común, una manera

Los senderos de una mujer realizada

Rosalba Oxandabarat

Ya lo hemos dicho otras veces, las biografías están de moda. En el mundo del cine, muy especialmente, y más allá del interés real que pueda presentar alguna de las muchas que andan por ahí, este florecimiento demuestra esa situación especial en que los actores y estrellas se encuentran, con respecto al público.



Liv Ullman en el filme "Leonor", de Buñuel (1975).

concordante de entender y sentir el cine, y una hija. Lo más importante de su vida. El retrato de sus relaciones es a la vez intenso y parco, y puede dejar frustrados a los buscadores de chismes de estrellas: es la relación de un hombre maduro y una mujer que madura a su lado, y para la que el precio de esa madurez es la ruptura.

Liv Ullman es una gran actriz, y una de las cosas interesantes de su libro la constituye la serie de iluminaciones que ofrece sobre su trabajo, y especialmente sobre la relación establecida entre ella y sus personajes. Por ejemplo, con la Nora de Ibsen, a la que interpretó en distintas y varias ocasiones, y que va transformándose en la medida en que la actriz lo ha hecho. Después de interpretar a la reina Cristina para el cine, Liv vuelve a ser Nora, y en inglés, para un público estadounidense, y dice: "Nora tiene ahora unos movimientos que no tenía la primera vez que hice el papel, variaciones en el tono de voz

que no hubiera asociado con su persona anteriormente, pero que surgieron de la interacción de la reina sueca conmigo. Es como si cada papel se convirtiera en el resumen de todos los anteriores". La Nora de Ibsen, que ha sido un personaje justamente simbólico para tantas mujeres, es como una amiga fascinante para Liv, una amiga a la que puede hacer variar sutilmente en la medida en que va comprendiendo su dimensión humana: "Nora exclama varias veces: 'Oh, soy tan feliz'. Yo decido que lo diga sin alegría, y la última vez, con tristeza, añoranza y ansiedad. Uno de los críticos dice que trato de ayudar a Ibsen, de modo que la despedida en el último acto no sea tan terrible. Pero yo estoy segura de que Ibsen sabía lo que estaba haciendo. ¿Acaso necesitamos ir de un lado para otro repitiendo que somos felices si realmente lo somos?". Nora, sostiene Liv, no es en el primer acto sólo "el ruiseñor y la ardilla", ni en el último "pura sabiduría y fuerza

femenina", sino un ser humano lleno de dudas, débil y en esa debilidad está su hondura como personaje: apenas "una niña pequeña que está creciendo".

Y esta mujer famosa, solicitada, "realizada", según los términos en boga, que es Liv Ullman, mantiene sin embargo a lo largo de sus confesiones sus dudas, su sentimiento de culpa, su imposibilidad de resolver armónicamente la disyuntiva maternidad-trabajo, la de su gusto por vagabundear y su intenso amor por Noruega, su imposibilidad de resistirse a las alabanzas (que todos los actores dicen despreciar, y que Liv reconoce con humor), la conciencia de la niña que permanece aunque ya nadie pueda verla. En una filmación de Bergman, Liv interpreta a Jenny que tiene una hija de catorce años y anota: "Que extraño es estar sentada mirándola y saber que me acerco a la edad madura, ver en sus ojos que ella no comprende que yo también tengo catorce años y sólo deseo ser ella por un corto tiempo". Esa niña que fue tímida y se sintió excluida del grupo y deseó ser muy amable y admirada por todos ¿cuántos niños tímidos y excluidos se encuentran en el fondo de cada artista, cuyas obras son un llamado de atención, un pedido de admiración y amor a los demás? Liv lo consiguió. Consiguió triunfar en su profesión, y esa profesión, en triunfo, implica más halagos y atención que ninguna. También mucha esclavitud. Las anotaciones de Liv sobre esta parte de su vida están rodeadas de un fino humor, aun sin excluir nunca el agradecimiento, y reflejan muy bien el absurdo de ciertas situaciones y la voracidad de la máquina empresarial que se mueve detrás de las estrellas famosas. Poder resistirse a ella, aun tomando de ella lo conveniente, no es mérito menor: las confesiones de Liv Ullmann atraen en buena medida por su humildad, que no quiere decir desconocer los méritos propios, sino mostrar siempre al ser humano, fallible y miedoso, que coexiste con triunfos y méritos.

Sus palabras reflejan a una mujer que trabaja, teme, duda, ama: una mujer en tránsito hacia una mejor definición de las relaciones humanas, no tan distante, como exteriormente puede pensarse, de otras mujeres que se debaten entre la necesidad de trabajar en algo que aman y la acuciante maternidad, entre su bien ganada independencia y los prejuicios (¡aún en Escandinavia!) que vuelven sospechosa a la mujer sola. La Nora de Ibsen quizás se ha encontrado a sí misma, pero no ha encontrado la armonía: ese final todavía no está escrito, ni para Ibsen ni para una "triumfadora" como Liv Ullman, y quizás para ninguna mujer inquieta en esta tierra.

(1). Senderos (Changing), por Liv Ullman, Ed. Pomaire.

Reto al destino

Este *Reto al destino* puede considerarse un reto al destino, ya erróneamente aceptado, como cumplido, de la desaparición —cada día comprobamos que supuesta— de ciertas tendencias muy cultivadas en el cine americano. Es difícil recordar con precisión títulos, personajes, por la abundancia. ¿Cuántas veces se alabó, cantó y describió a las fuerzas armadas norteamericanas en sus varias versiones —de tierra, mar y aire—?, ¿cuántas otras, y a veces las mismas, se glorificó, y aceptó como muy posible, al todolope que vence lo invencible? Ahora, con muchos años y lecciones aprendidas, para hacer lo mismo hay que emplear otros matices, otros disfraces, aunque la mona, por más que se vista de seda, mona se queda.

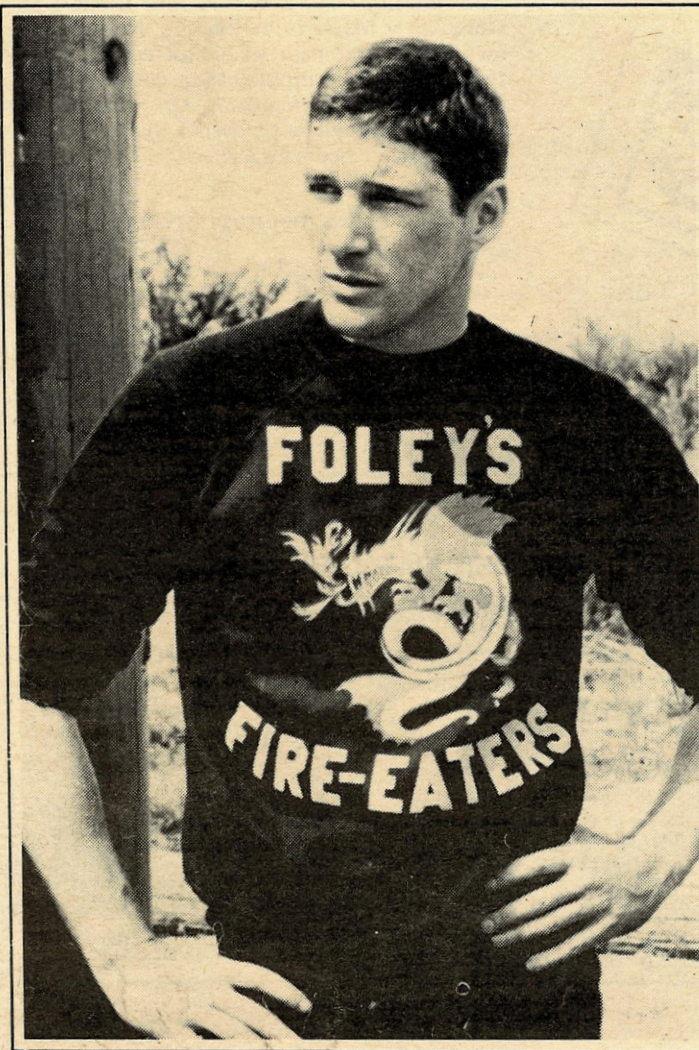
Reto al destino se abre con un Richard Gere (Zack) solitario, arrinconado junto a una ventana, mientras en un lecho próximo una trenza de cuerpos humanos denuncia una orgía. Inmediatamente, un flash back nos muestra a un niño que es el mismo Zack: un rostro atemorizado, un cartel al cuello, protegido por una azafata y recorriendo la salida de un aeropuerto extraño. La valla enrejada, del otro lado de la cual se amontonan manos y cabezas, insinuando un no sé qué de bélico, acentúa el patetismo del muchacho. Breve escena de increpación del hijo al padre, y nos enteramos rápidamente de toda la historia: madre abandonada que se suicidó, padre marino burdelero, y vendrá luego una secuencia de Zack en las calles filipinas, un niño enfrentado a un grotesco carnaval de miseria y prostitución, agredido en seguida por una pandilla de jóvenes delincuentes. Estos datos, narrados con hábil síntesis, bastarán para explicar el pozo total del que emergerá el protagonista, para mejor resaltar su lucha, y sus características a lo largo del filme: el deseo del orden que significa la carrera militar, el empeño en "llegar", la obsesión por volar. Volviendo al principio, la despedida entre padre e hijo es tan breve como puede serlo a la americana, y ya está todo introducido y todo explicado para lo que verdaderamente importa: el entrenamiento en la academia de Marina, la resolución de aceptar a puro "Sí, señor", todas las humillaciones de un instructor sádico (el filme se ocupará de mostrar, en un final muy conciso, la necesidad de ese sadismo).

Porque *Reto al destino* se maneja con habilidad en un continuo juego de ambigüedades donde al final resulta premiado lo que aparentó ser objeto de agría denuncia, y castigado lo que

aparentó ser objeto de simpatía. El instructor Foley, que para comenzar es un negro y no el cara de nazi habitual en estos roles, acumula puntualmente a todo lo largo del filme los puntajes para ser execrado por todo el mundo. Hay, sin embargo, un toque permanente de humor negro en toda su bravuconada gritería, y alguna mínima insinuación de humanidad cuando ya parece imprescindible su linchamiento (cuando perdona a la joven cadete el salto de la valla, cuando se lanza a salvar al cadete que estaba a punto de ahogarse). Son breves flashes que van de jando la semilla de que el lobo no es tan feroz como lo pintan. (Al final, Richard Gere-Zack, ya recibido, asistirá con una sonrisa comprensiva a la reiniciación del "ablandamiento" con los jovencitos que recién llegaron). Los cadetes serán sometidos a lo largo del entrenamiento, y de la película, a las pruebas más feroces, en medio de una provocación constante a su paciencia para aguantar insultos: el filme lleva al límite el entrenamiento, y la predisposición humanitaria del espectador, para luego permitirse el lujo de demostrar qué acertado fue todo esto.

Hay una audaz adecuación a los tiempos que corren, que hay que reconocer: en tiempos fenecidos, la manera de adular a la marina era mostrar su enorme parecido con Papá Noel. Ahora, todo lo contrario: vean qué duro es todo esto, que difícil de soportar, y qué necesario. El que verdaderamente vale se adapta a sus exigencias, aun el rebelde que puede recapacitar a tiempo (Zack). El que no, será castigado por el destino. Worley, el castigado, el que acabará suicidándose en un baño de motel, no es tampoco el debilucho: es el mejor alumno, cuyo enorme error consiste en darse cuenta a tiempo que no quiere ser un piloto sino apenas un ciudadano común, y recibe entonces la afrenta de su chica (que en realidad quiere casarse con un piloto, y no con un ciudadano común). Worley es castigado, en realidad, por no querer ser un piloto: la contradicción del guión es aquí un poco evidente (anteriormente no había ningún indicio de que este muchacho extrovertido y un poco cínico fuera a pegar semejante giro. Pero era necesario que Zack fuera "abandonado" por segunda vez). La primera "debilidad" se castiga con la expulsión. La segunda, que es más grave por voluntaria, con la muerte.

Segunda adecuación: las mujeres y, relacionado a ellas, el entorno social. Aquel viejo galanteo romántico, donde Rock Hudson o alguno similar po-



"Reto al destino", dirigida por Taylor Hackford.

día despedirse en el infaltable porche para salir luego escuchando campanitas, ahora es sustituido por la celeridad. A la cama, o a la arena, en el primer encuentro. Y la cámara registrará cuidadosamente los agotamientos físicos, los besos penetrantes, las ojeras y el sudor de la muchacha. La actriz americana ya no es la muñequita envuelta en celofán. Y las convenciones americanas tampoco: la madura señora de un oficial es la que presenta sus "planes" a los cadetes, y éstos comienzan el juego amoroso en las barbas de sus superiores. (El sargento Pantoja no parece un invento tan absurdo). Una denuncia clasista: las muchachas obreras viven suspirando por el cadete que se las lleve, y el cadete sólo las enamora mientras dura el entrenamiento. La fábrica, que aparece algunas veces, contrasta agudamente con la academia militar, y no cabe ninguna duda al espectador, con los datos recibidos, de la legitimidad de esas aspiraciones. El suicidio de Worley y el desmascaramiento de su rubia es otro de los juegos ambiguos de la película, sobre todo cuando, recibido y sacramentado, Zack va a buscar a su muchacha, no a cualquier sitio discreto, sino a

la misma fábrica, de la que sale en brazos de su ahora oficial, rodeada del aplauso, la envidia y la admiración de sus compañeras (la madre, predecesora en todo, incluida). En este final edulcorado y necesario en términos de la ficción desarrollada, volvemos vertiginosamente al pasado, no importa cuántos insultos del instructor, cuántas jornadas agotadoras, cuántas cenas eróticas se vieron antes: el triunfador tiene su premio, y la buena muchacha tendrá su matrimonio, cambiando la fábrica por el paraíso de las bases aéreas.

La habilidad de Hackford consiste en volver necesario el postulado de su película: si en algún momento se llega a sospechar —y hay datos para hacerlo— de que se trata de una suerte de denuncia sobre la violencia imperante en la enseñanza militar, es tanto y tan heroicamente lo que Zack resiste que uno comienza a desear que no sea así, que el filme premie al voluntarioso con un final feliz. El relato es ágil, los diálogos tienen esa concisión brillante que forma parte de la mejor tradición del cine americano, hay un humor breve que aligera todo el trámite y permite mejor digerir la lección.

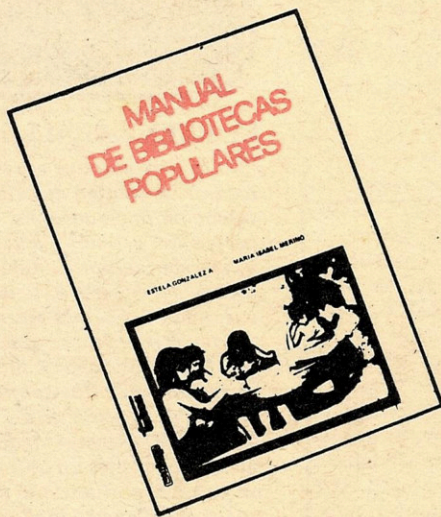
EL BUEN CABALLO

Las personas que aprenden ajedrez se sienten de primera intención fascinados por la perfección geométrica del juego, y, en especial, por el maravilloso avance del caballo saltando por encima de las demás piezas. Sólo más adelante se descubre que todos los trabajos tienen en sus movimientos conjugados la clave de la armonía del juego. El aficionado medio suele valorar más un alfil que un caballo, porque en la medida que avanza la partida y se despeja el tablero, el alfil se va enseñoreando en sus casillas. Sólo los jugadores más fuertes saben a ciencia cierta cuándo un alfil vale más que un caballo y cuándo sucede de otro modo. La regla general es que en posiciones cerradas un caballo vale más que un alfil y a veces más que una torre; en posiciones abiertas, el alfil y la torre dominan el tablero.

J. Pinter - J. Timman. Torneo Interzonal de Las Palmas, 1982.

- 1) P4D, C3AR 2) P4AD, P3R
- 3) C3AD, A5C 4) C3AR, P4AD
- 5) P3R, C3A 6) A3D, AxC 7) PxA, P3D 8) 0-0, P4R 9) C2D, 0-0 10) P5D, C2R 11) P3A, A4A 12) P4R, A2D 13) D2A, C4T 14) P3C, P4A 15) PxP, AxP 16) C4R (Si 16) P4CR?, AxA 17) DxA, C5A—+ 16) . . . , P3TR 17) A2D, D2D 18) TD1R, A6T 19) T2A, T2A 20) D1D, C3A (Las blancas se han dedicado a esperar en sus trincheras y las negras van acomodando sus efectivos) 21) A3R, CxC (Todo cambio favorece al negro porque va quedando transparente su ventaja de buen caballo contra mal alfil) 22) AxC, A4A 23) D2A, TD1AR 24) T1AR, AxA 25) DxA, D4A (El cambio de damas es la culminación de la mejor estrategia del negro; los peones bloqueados del segundo jugador controlan las casillas negras por las que se mueve el alfil del blanco) 26) P4TD, DxD 27) PxD, TxT 28) TxT, TxT 29) RxT, P4TD 30) R2R, C1A 31) R3C, C3C (El resto de la partida es una lección del maestro holandés que podría bien titularse de cómo ganar una partida ganada, membrete aparentemente tautológico pero que encierra una profunda verdad como lo señaló Tartakower) 32) P4TR, CxPT 33) A1A, C3C 34) P4C, R2A 35) A2D, P5T 36) A1A, R3A 37) A3T, P4C 38) P5T, R2R 39) A1A, C2D 40) R2R, C3A 41) R3A, R2D y las blancas abandonaron. (Las negras habrían jugado R2C, luego R3C y R4T y luego P4CD, ganando). (Marco Martos)

YA SALIO



**CIDAP - TAREA
PRESENTAN**

Manual de Bibliotecas Populares. A partir de experiencias en barrios de Estela González y María Isabel Merino. Nuevas ideas para el trabajo en bibliotecas. Flexiona sobre la problemática cotidiana de las bibliotecas populares. Un manual necesario para quienes trabajan en bibliotecas o están vinculados a ellas.

Pídalo en las mejores librerías.

Atención directa: Horacio Urteaga 976 - Jesús María - Lima. Telf.: 230935.

cidap tarea

**ediciones
Rikchay Perú**

AL SERVICIO DE LA EDUCACION PERUANA

Varios títulos de Rikchay Perú son utilizados también en colegios y Universitarios. Por ejemplo:

CUENTOS INFANTILES PERUANOS Y UNIVERSALES (selección y notas de Víctor y Lourdes Soracel), utilizado en 4o., 5o. 6o. de primaria. 20 CUENTOS Y 50 POEMAS PERUANOS (selección de Víctor Soracel, 4o. Secundaria. HISTORIA DEL PERU Y DEL MUNDO SIGLO XIX de Fernando Lecaros. 3o. 4o. de Sec. HISTORIA DEL PERU Y DEL MUNDO SIGLO XX de Lecaros, prólogo de Jorge Basadre. 4o. 5o. de Sec. VISION DE LAS CIENCIAS SOCIALES, Universidades.

Otros títulos de consulta:

Jorge Basadre: PERUANOS DEL SIGLO XIX y PERUANOS DEL SIGLO XX. Washington Delgado: HISTORIA DE LA LITERATURA REPUBLICANA. Alberto Flores Galindo, Manuel Burga: APOGEO Y CRISIS DE LA REPUBLICA ARISTOCRATICA.

De venta en las principales librerías. Pedidos a ediciones Rikchay Perú. Ap. 30. Lima 18 - Tlf. 47-5725.

**Librería
el Caballo
rojo**

**CAMPAÑA
ESCOLAR
1983**

**DE TODO PARA
EL ESCOLAR
A LOS MAS
BAJOS PRECIOS**

Tenemos los textos
de todos los autores

HOY ATENDEMOS
TODO EL DIA

Av. Nicolás de
Piérola 1187
a 20 mts. del Parque

**TEXTOS
ESCOLARES**

EDICIONES QUIPU anuncia la publicación de los siguientes libros

A. PRIMARIA

- CAMINO, Libro de lectura para el Primer Grado por Hernán Alvarado, Nueva edición a todo color.
- RONDA, Lenguaje (5to. Grado) Hernán Alvarado y otros

B. SECUNDARIA

- LENGUAJE I, Hernán Alvarado. Nueva edición a 2 colores.
- LENGUAJE II, H. Alvarado. Nueva edición
- LENGUAJE III, H. Alvarado. Nueva edición a 2 colores y de acuerdo al nuevo Programa Curricular.
- LITERATURA PERUANA (4o) H. Alvarado. Nueva edición.
- LITERATURA UNIVERSAL (5to) H. Alvarado y Marco Martos. Nueva edición.
- HISTORIA DEL PERU I, M. Espinoza y P. Díaz.
- HISTORIA DEL PERU II, José I. López Soria
- HISTORIA DEL PERU III, Espinoza. Nueva edición de acuerdo al Programa Curricular vigente.
- HISTORIA DEL PERU IV, M. Espinoza. Nueva edición.
- HISTORIA PERUANA, Visión integral (5o) Plácido Díaz. Nueva edición.
- HISTORIA UNIVERSAL I, M. Espinoza y P. Díaz
- HISTORIA UNIVERSAL II, José I. López Soria
- HISTORIA UNIVERSAL III, M. Espinoza. Nueva edición de acuerdo al Programa Curricular vigente.
- HISTORIA UNIVERSAL IV, M. Espinoza. Nueva edición.
- CUADERNO DE LOGICA (5o) Luis Piscocoya.

EDICIONES QUIPU E.I.R.L.
Pumacahua 1108 (Jesús María) Teléfono 312997

DISTRIBUIDORES: Distribuidora Escolar Enrique Miranda I. S.A.; Importadora y Distribuidora RIVERA; Librería Studium; E. Lau Chun S.A.; Distribuidora Navarrete S.A.

cosmos y Siglo XXI

LIBRERIAS Y DISTRIBUIDORAS

60 ANIVERSARIO DE M.K.
EL LIBRO AL SERVICIO DE LA PAZ
Y EL PROGRESO

**FESTIVAL DE
LIBROS**

TODO EL FONDO
BIBLIOGRAFICO DE
LOS CLASICOS DEL MARXISMO

CON GRANDES
DESCUENTOS

OFERTA:
O.E. MARX-ENGELS. c/u 2,500.

ADEMAS

TEXTOS ESCOLARES

EN HORARIO CORRIDO
AV. TACNA 219 - TELF. 270777
JR. MOQUEGUA 376 - TELEF. 278022
JR. AZANGARO 715 - TELF. 281284
JR. TRUJILLO 230 - TELF. 242631

TEATRO

LUIS
RAMIREZ
en:

"CAMINATAS
E INSOMNIOS"

Participación en los festivales internacionales de teatro de Londres, Caracas Gotenburgo, Cambrils y Copparo.

SABADOS Y DOMINGOS
-8 P.M.
del 9 al 24

DANZA

TEXIA
FARIÑA
en:

"MUJERES
DE CHILE"

Coreografías inspiradas en las canciones de Violeta Parra.

DOS UNICOS RECITALES
MARTES 12
MIERCOLES 13
8 P.M.

ABRIL 83

TEATRO DE LA ALIANZA FRANCESA DE MIRAFLORES
AV. AREQUIPA CDRA. 45



**SOLO CARCIONES
de
Alberto Chávez**

TEATRO LA CABAÑA

JUEVES 14 DE ABRIL 8 P.M.

PARTICIPAN:

GRUPOS MUSICALES BASE:

- 1.- Bárbara Romero - Voz (Ex Amaru)
- 2.- Tito Falvi - Percusión y Batería (Cuatro Tablas, Kuntur, Amaru)
- 3.- Ernesto Samamé - Bajo Eléctrico (We all together) (Dr. No)
- 4.- Octavio Castillo - Teclados (Dr. No)
- 5.- Alberto Chávez - Voz y Guitarra (Cuatro Tablas, Tiempo Nuevo, Kuntur)